
Qubit (Cuban science fiction magazine)

Science Fiction

September 2008

Qubit [No. 38]

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/qubit>

Recommended Citation

"Qubit [No. 38]" (2008). *Qubit (Cuban science fiction magazine)*. 38.
<https://digitalcommons.usf.edu/qubit/38>

This Text is brought to you for free and open access by the Science Fiction at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Qubit (Cuban science fiction magazine) by an authorized administrator of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

QUBIT

Septiembre 2008

No 38

**ESPECIAL
CIENCIA FICCIÓN
PUERTO RICO**



boletín digital de literatura y pensamiento ciberpunk



Índice:

- **Coqueteos Boricuas con la Ciencia ficción. Bibliografía mínima. Manuel Clavell.**
- **Un alma en pena. Alejandro Tapia y Rivera**
- **Puerto Rican Syndrome o Cosas extrañas Veredes. Ana Lydia Vega**
- **La torre de Babel. Angel M. Encarnación**
- **Ucronías y un paralelo entre el fenómeno Seva y el Código da Vinci. Yolanda Arroyo.**
- **Memorias inconclusas de Encerrado. Bruno Soreno**
- **Historia de un diálogo inútil. Pedro Cabiya.**
- **El “terminator” boricua. José E. Santos.**
- **Cabeza cableada. Raúl Soto.**
- **Fierabrás. Aravind Enrique Adyanthaya.**
- **Cine de ciencia ficción en manos boricuas.**
- **Historia del cine ciberpunk. 1995. Ghost in the shell.**

Para descargar números anteriores de Qubit, visitar

<http://www.eldiletante.co.nr>

Para subscribirte a la revista, escribir a

qubit@centro-onelio.cult.cu

COQUETEOS BORICUAS CON LA CIENCIA FICCIÓN: BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

MANUEL CLAVELL



“Las figuras quedan en suspenso. La piel de los hombres perpetuamente mojada. Un Golem. Una docena de huevos cocidos. La empleada de la editorial Stroemfeld buscando borrar las huellas del texto. No se produce ninguna mutación. Tan sólo aparece la imagen de unas ovejas pastando en un roquedal”.

–Mario Bellatin en la novela “Jacobo el mutante”

(México, D.F., Alfaguara, 2002)

Incluyo la palabra boricua (Made In Puerto Rico) en el título con conocimiento de causa. La ciencia ficción no tiene patria, pero se desprende de ellas y regresa a ellas. Inclusive Bernardo Fernández, alias Bef, novelista mexicano de ciencia ficción contemporáneo, tan chamaco y rockero como nosotros, incluye a Teotihuacán en sus ficciones.

Entre mis tanteos para acercarme a este género literario que detestaba, porque yo de la F de Fracasado no despegaba en las calificaciones de las asignaturas de ciencia, recuerdo mi encuentro con el mito de la gran Dora Ricardo (Jamaica, 1961), una escritora de ciencia ficción radicada en Bariloche, Argentina, e introducida en Puerto Rico por Juan Duchesne Winter. Habría que consultar dos de sus trabajos en el libro *Ciudadano insano y otros ensayos bestiales sobre cultura y literatura contemporáneas* (San Juan, Ediciones Callejón, 2001) para entrar en la onda.

El primero, titulado “La ciencia ficción erótica de Dora Ricardo”, es un intento de hacer múltiples sentidos de la personalidad enigmática de la escritora y arrojar algunas pistas de su obra. Cito: “*Los libros de Dora Ricardo manejan una fórmula potencialmente sensacionalista que contrasta con la extrema parquedad de su venta: ciencia + sexo + paranoia = acción*”.

El segundo, titulado “Entrevista con Dora Ricardo: Secreta porn queen de la ciencia ficción” es un intercambio entre ambos intelectuales. Cito:

JDW: La ciencia no puede servir para fundamentar ningún concepto, digamos, de perversión antinatural, etc....

DR: No, no se puede pretender moralizar a partir de la ciencia sino todo lo contrario, sus desplazamientos nos sirven para ‘inmoralizar’. Me encanta ‘inmoralizar’ a los moralizadores. ¿En este caso dónde quedan los moralizadores ‘naturalistas’ de posiciones como el anti-abortismo, el anti-feminismo, la homofobia? Para la naturaleza no hay nada anti-natural, todo, desde la homosexualidad, la sexualidad no-reproductiva, el abortismo y la clonación y hasta la ingeniería genética... ocurre ya desde hace millones de años en el llamado ámbito ‘natural’. La vida es una tecnología. El concepto mismo de lo natural se reconstruye, y con él, lo cultural.

El último escrito de *Fugas incomunistas: Ensayos* (San Juan, Ediciones Vértigo, 2005), también de Duchesne Winter, se titula “Ensayo de evasión”. Sin embargo, a pesar de que el autor le ha puesto dicho título, a mí me luce que se trata de un cuento de ciencia ficción. El escrito aludido comienza así: “*Qarnaq se abrió paso entre las calles abatidas de Humacao, dudando si entraba realmente en un zorec. Había distinguido el plano de la pequeña ciudadela en el oscuro juego de reflejos nocturnos abarcable desde la elevación que desembocaba en el paisaje gris costero, inundado de canales y pantanos ruinosos*”. La narración continúa y, en un momento dado, al narrador se le ocurre que ya la isla no es como nosotros hemos querido que sea, sino que la isla es así: “*Por lo general los trechos planos y pedregosos son restos de carreteras o de edificaciones de la era de los humanos puros. Unos dicen que esta isla la habitaban tribus llamadas boricuas. Otros dicen que eran taínos. Otros que puertorros. Es posible que fueran nombres distintos para la misma gente*”. Yo no sé.

La próxima parada del Discovery queda justo en *Exquisito cadáver*, novela de Rafael Acevedo publicada por Ediciones Callejón, también en el 2001 en San Juan y en colaboración con nada más y nada menos que Celeste Ediciones (Madrid), Trilce Ediciones (México) y Adriana Hidalgo Editora (Buenos Aires). Cito del capítulo tres de la segunda parte de este texto, premiado por Casa de las Américas y el Pen Club de Puerto Rico:

Cuando escuchó el ruido ensordecedor del estallido saltó de la silla. Sycorex y Calibán, antiguos compañeros, ahora custodios del sospechoso, yacían en el suelo. Windows, con una poderosa Wirklichkeit en brazos, había derribado la puerta y un desconocido, con un ojo azul y otro amarillo, había disparado su iónica sobre el dúo. Él levantó sus manos estúpidamente mientras preguntaba ¿qué carajo pasa? Ella lo agarró de un brazo y salieron de prisa a la calle.

Jose Liboy Erba, alias Pepe Liboy, en su libro *Cada vez te despides mejor* (San Juan, Isla Negra Editores, 2003), específicamente en el relato titulado “Prototipo Mayfair Galaxie”, cuenta que:

Con la paga de las primeras semanas de trabajo, Mayfair arrendó un vehículo de hidrocarburos y condujo enseguida al centro de la ciudad. No resultó complicado, ni fácil precisamente, trabar contacto allí con alguien del sexo opuesto, ya que el suyo era casi indiferenciado. ¿Era un hombre todavía? Hidráulicamente, sí. La chica que se encontró lo era, universitariamente: hablaron de termodinámica, la especialidad de ella, de modo improbable. Y todo parecía indicar que el mundo estaba por cambiar de un modo que ella no supo explicarle al recién empleado.

Texto fundamental de estos actos coquetos es el esfuerzo de Pepe Liboy en *Saqueos: Antología de producción cultural* (San Juan, Editorial Noexiste, 2002), editada por Dorian Lugo Beltrán. El texto se llama “Onirismo y especulación científica” y comienza así: *“Dentro de una tradición analítica, la especulación científica es un género político. El escritor que la practica ocupa un contexto más o menos claro y se consume dentro de ciertos canales. Frente a la desesperación del corazón urbano, Farmer puede hablar de Le Corbusier”*. A todo esto, el editor, el susodicho Lugo Beltrán, reacciona en el mismo libro así: *“Saqueos Pepe, contramanifiesto, donde se hace referencia a la imposibilidad del relato fantástico hoy por hoy tal cual fue concebido en principio. Lo fantástico de hoy como aquello que no puede ser sino ‘soft’, como los fanzine, de autores que vienen a fungir de nuevos ‘eruditos a la violeta’, a medida que como género no puede ya profesar de la misma dosis de fe hacia el otro mundo, el mundo de la imaginación. Queda implícito que lo fantástico ‘hard’ de ahora es la imaginación que no trasciende. La siempre vigilia; la imposibilidad de soñar”*. (Énfasis mío). No hay duda, Pepe Liboy y Duchesne son los teóricos boricuas del género científicopostechú.

Bruno Soreno, alias Juan Carlos Quiñones, tiene un cuento que se llama “Tres soles en Anexia” en la antología de la Generación X titulada *Expresiones* (San Juan, Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña, 2003). Habla el personaje de Soreno, ciudadano anexiano:

Busco algo, o algo furtivo cazador sigue mi rastro. Un brillo aurático, Kiriliano, lo permea todo. La isla misma, exenta de luna (Anexia es un planeta sin satélites), se sumerge atlántidamente en un fluido luminoso como soltada del abrazo de su amante el sol de Anexia, que la deja hundirse hasta el alba por su propio peso.

Las extrañas y terribles aventuras de Anima Sola: Hambre ven la luz en forma de cómic en noviembre de 2003. Se trata de un esperpento de cómic, publicado por Zemí Comics Inc., bajo la firma de Pedro Cabiya (concepto, historia y letras), Israel González (lápices y tinta) y Yovanni Ramírez (colores y efectos especiales). La cuestión va como sigue: *“Les damos la bienvenida a Turistas Siderales”*, lee una advertencia. *“Le prometí al profesor Argapheruth que le mostraría la isla, pero necesita un cuerpo huésped. Usaremos el tuyo. El profesor entrará por la uretra y se abrirá paso hasta el cerebelo. La agonía es indecible. Muchachos, bájenle los pantalones”*, dice uno de los personajes. Y continúa la acción con otro letrado: *“A un ovni se le descojona el cigüeñal sobre Canovanillas...”*. *“¡Malditas sean las verijas de la mega fuking concha del caracol solar que fue utilizado para incubar el huevo del que nació! ¿Qué carajos pasa ahora?”*, dice otro personaje.

Satélite, si llama a control, tendrá que vérselas con Francisco Font Acevedo, autor de la colección de relatos *Caleidoscopio* (Isla Negra Editores, 2004). Allí, en el cuento “Zúlcar, el paladín cósmico”, se dice lo siguiente:

Antes de registrar al niño, sin embargo, a Papá Bienvenido se le ocurrió la extravagante idea de llamar al bebé Bienvenido Marciano. Papá Bienvenido vivía convencido de que antes del año 2000 llegarían a la Tierra hermanos nuestros procedentes de otros planetas, de otras galaxias, incluso, y qué mejor manera de cambiar la mentalidad humana hacia los extraterrestres que dándoles la bienvenida a los marcianos, nuestros archirivales imaginarios.

Aravind Enrique Adyanthaya, en su cuento “Orégano”, de la colección titulada *Lajas* (Isla Negra Editores, 2002) establece claramente que

en el barrio Olivares de Lajas, los O.V.N.I.S. raptaron a una señora y le hicieron el amor. Quedó preñada del ente. Y cuando tuvo la criatura, los O.V.N.I.S. se la llevaron. Se la llevaron en la madre nodriza. Después metieron al bebé (que era medio humano y medio O.V.N.I.) en la base de submarinos subatómicos que existe debajo del monte del Orégano. Esta base

originalmente pertenecía a la marina de los Estados Unidos de Norte América, pero desde septiembre 11 pertenece a los O.V.N.I.S.

En la poesía, el autor del poemario *Metroika: Viaje al nuevo medievo* (San Juan, Isla Negra Editores, 2003), Emanuel Bravo, explica en el poema en prosa titulado “*Vamos a estudiar la ciudad desde el punto donde las campanadas de turbinas pululen alegres*” que “*es ahí donde termina. En un pueblo costero de trabajadores con sopletes de mano, descalzos en la playa de babote petrolero con gigantescas naves muertas*”.

Desde las Ciencias Sociales, Heidi Figueroa Sarriera ha publicado muchísimos artículos sobre la teoría cyborg y en ellos queda trazado un mapa intelectual de lo que se ha escrito en el país sobre estos temas: su bibliografía-resumé está disponible en línea.

Los científicos ‘hard core’, los que de veras hacen ciencia boricua, han ripostado a todo esto — quizás sin leer a los autores precedentes— desde otras esferas. El trío mosquetero está compuesto por Daniel R. Altschuler, Joaquín Medín y Edwin Núñez. Juntos, publicaron el libro *Ciencia, pseudociencia y educación* (San Juan, Ediciones Callejón, 2005), que lleva el siguiente epígrafe de Eugenio María de Hostos: “*Octavo deber del hombre con la naturaleza: Propagar nuestro conocimiento de verdades naturales para de ese modo combatir la superstición y el fanatismo*”. Dice la introducción que “*lograr una sociedad más crítica y más formada contrarrestará, sin duda, el auge imparable y la popularidad de las pseudociencias*”. El resto no se lo pueden perder, habrá que leerlo.

¿Qué dejo afuera?

blogger_author: Manuel Armando Clavell **blogger_blog:** colectivoderivas.blogspot.com

En realidad la ciencia ficción en Puerto Rico comenzó cuando Tapia decidió que la transmigración de las almas era el mejor modo de hacer un road novel. De ahí a Collado Martel y Gustavo Agrait, hay un paso. O dos. Y el relato histórico del nacionalismo, según el cual Cornelius Rhoads le inyectaba células cancerosas a los filthy Puerto Ricans en la tercera década del siglo pasado...¿no es un ejemplo de sci-fi criollo?

También está algún cuento de José Liboy o Pedro Cabiya. Las novelas de James Stevens Arce ¿son boricuas a pesar de estar escritas en el lenguaje de Joe Dimaggio? Nada, preguntas.

Rafael Acevedo. Tomado de <http://cerealkeyller.blogspot.com>

UN ALMA EN PENA CUENTO FANTÁSTICO

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA



- I -

Alfredo había cumplido los 33 años; edad que el Dante llamó el mezzo del cammin di nostra vita y en que el rey de los mártires apuró en el Gólgota, la copa envenenada, que ofrece el mundo a los que pretenden su bien. -Alfredo no era rico y esto es ya un desengaño en ciertos mundos. Es verdad que tenía lo que debiera ser una riqueza: un alma; pero este es valor que no se descuenta en muchos bancos.

La tarde comienza a dejar su puesto a la noche. Es la hora las sombras.

Mob, la ninfa del sepulcro, envuelta en blanco sudario, presenta a Alfredo la copa envenenada.

Se oye el rumor de música agradable, pero en lontananza, como un eco perdido, como un dulce pasado que no volverá.

SUSANA. -Yo fui tu primer amor, la azucena de tu infancia, la rosa de tu adolescencia. Grata y festiva, te di sueños deliciosos que no has podido olvidar-. La impresión de mi diestra juguetona conmueve aun los rizos de tu cabellera; alguna cana los matiza ya, es la ceniza del volcán que ardió y

cuya lava era deliciosa. -Lo presente, lo porvenir para nosotros es... la nada ¡adiós, triste amigo, adiós!

JULIA. -(Ataviada con la guirnalda de la fiesta, hermosa y brillante como en otro tiempo.) Yo fui el amor de tu vanidad. Te amaste en mí; era un tributo que debías rendirme. Yo sigo amando y amada como entonces. Cierto es que la decadencia comienza ya a alborear en mi hermosura, pero la verdadera hermosura tarda en marchitarse. ¡Ah! ¡Cuán gratas resuenan aun en mis oídos tus lisonjeras palabras! -En una fiesta al son de la bulliciosa música, ceñidos en dulce abrazo nos deslizábamos por espacioso salón. La luz brillaba en nuestros ojos; nuestro ardiente hálito se confundía, tú, embriagado con mi belleza, aspirabas con ansia, con delicia, con el éxtasis de un paraíso, el jazmín de mi rubia cabellera... Desde entonces un rizo de la blonda beldad te transfigura y te muestra visiones inefables. -Amado Alfredo, yo poseo tu primera juventud. -Tu más hermosa y hechicera memoria te da un adiós eterno. Tal vez nos encontremos de nuevo por la vida, pero ya no seremos el uno para el otro lo que en aquellos días. -Vendrá la primavera, pero las flores del pasado año no vendrán a saludarla.

ELVIRA. -Yo soy aquella que te inspiró el amor heroico; yo fui la Judith de tu Biblia, la Corday de tu fantasía, la Eleonora de tu corazón, la Eloísa que no sabe olvidar, la Julieta que sabe morir. Los huracanes de la vida doblaron los robles de la selva...

Sombras de mujeres que aparta el océano del mundo y que uno ve pasar desde la ribera. -Dejan en prenda una sonrisa melancólica, un suspiro abrasador.

LA VOZ DE ULRICO. -Amigo mío, los bravos compañeros de la juventud te aguardan, ¡ay! De los que hayan envejecido y sean sordos a nuestro reclamo. La ambición de ofrece a nuestra vista. -Busquemos la gloria.

LA VOZ DEL MUNDO. -No, el oro es mejor. La gloria es humo.

ULRICO. -Es humo, pero es bella y embriaga nuestras almas, es más hermosa que el oro. - ¡Atrás! Mundo miserable. -Alfredo y Ulrico son jóvenes aún, viven de su alma, aun no es llegado el tiempo en que el mundo sea su Dios.

LA VOZ DEL MUNDO. -Seguid y ya veréis.

ULRICO. -Amamos el placer, las fiestas, las mujeres, es verdad, pero el manjar que hinche y apoltrono, preferimos el vino que bulle, emblema de nuestra sangre y que presta imágenes encantadoras; preferimos el festín del sibarita, el que finge mundo desconocidos; preferimos a la mujer positiva, la que nos hace soñar con paraísos y con amores sin límites. -Hoy llamamos humo las ilusiones de los primeros años: pero nuestra mente no se aviene sin ilusiones, busquemos pues las menos frívolas: patria, gloria, humanidad. -Nosotros haremos de la tierra una mansión de hermanos. Surcaremos los mares en pos de regiones ignoradas, alzaremos templos al saber, predicaremos la virtud, combatiremos por ella, por el bien de todos los hombres. Si el martirio nos ataja, sucumbiremos, pero con gloria.

LA VOZ DE UN ANCIANO. -Hermosos corazones engañados: ¡Viva nuestra fe! -Mi labio os bendice anegado en lágrimas... Si queréis el Gólgota... bien está... andad... andad... ya lo hallareis.

UNO DE VUELTA. -Allá no hay nada. -El sacrificio será un escarnio de vuestra sangre. Las espinas de vuestras sienes os atormentarán demasiado, infructuosamente.

ULRICO. -Aun soy tu amigo, aun hay amigos; sígueme.

UN JOVEN DESENCANTADO. -La época es árida y espinosa; gocemos y vivamos.

OTRO ÍDEM. -La eternidad es todo o es nada. -Si es nada, es descanso; si es todo, muramos.

ALFREDO. -(Desfallecido.) ¡Dios mío! ¿Qué hacer?

MOB. -(En traje de tumba, presentándole una copa ornada de flores.) ¡Beber y morir!

- II -

En el horizonte se presenta la luz de la esperanza. No es sol, es pálido lucero.

El rayo de esperanza tomó forma: Era Amelia.

Era una mujer graciosa y modesta. -Derramaba su luz melancólica y vacilante como desconfiada, sobre un cielo de otoño. Parecía que el retraimiento a la que la había condenado un mundo que sólo aprecia lo que lo fascina, había concentrado en su corazón la llama suave de una ternura celestial. Flor un tanto marchita, pálido lirio privado de la rama que era su vida, emblema de un suspiro continuo y ahogado tal vez por el temor a un mundo burlón y desdeñoso, o acaso porque al ser para otro, rayo de esperanza, diese lo que no tenía.

El amor que inspiró a Alfredo no era coreado por la vanidad, nadie exclamaba al verla pasar ¡ahí va ella!

Alfredo confió en que podía sentir, aunque por última vez, una afición que juzgó sincera cuanto desinteresada y perpetua cuanto pura. En ello no había otra vanidad para él que la de haber descubierto un tesoro hasta entonces ignorado. Amelia se presentaba a su corazón como la dulce y generosa, simpatía, pronta a llenar el vacío de su alma, como un ángel de redención, como la virgen del último suspiro. Ella tenía ojos que sabían llorar y que por tanto se hicieron para el amor. -Hela allí esbelta y solitaria como la palma en el desierto, con su dulce mirar de gacela, su voz de calandria herida. Su cabellera blonda recuerda los dorados días que no pueden olvidarse; el azul de sus ojos el risueño celaje de la infancia; su mirada, el sol de la patria para el corazón proscripto.

ALFREDO. -Los hombres censuran lo que no comprenden. -Elevan hosannas a la virtud y la vilipendian cuando no lleva manto dorado. -El ángel en forma de mujer, se hizo mundano y no sabe apurar la copa de un hermoso martirio.

LA VOZ DEL ALMA ELEVADA. -Viva el sentimiento, blasonemos de él, por él murió el Dios hombre.

LA VOZ DEL MUNDO. -Locura, locura.

ULRICO. -Ya, lo ves, Alfredo, esa es la voz del mundo.

Venció Iscariote.

Eloísa tiene razón: el amor empieza con sonrisas y termina con lágrimas.

ULRICO. -Y tendrás que reír Alfredo, pues nada hay mas ridículo que un enamorado quejoso en este siglo. Pasó la época de los Amadeos; sólo Asmodeo reina, y es menester reír, cantar y darla de indiferente y endurecido.

- III -

Amelia no se sentía con fuerzas suficientes para sobreponerse al barro mundo.

Estaba preparada para entrar en la alcoba nupcial como una estatua vendida. El aprecio hacia el esposo que la razón de familia ordena, no cubre el pudor de una doncella. -El único cendal de este es el amor. Lo demás es una venta que sólo se diferencia de la almoneda pública, con una legalización que promete a la beldad en cambio de sus más preciosos favores, la duración vitalicia en el contrato y la promesa de algunos bienes materiales. Contrato draconiano en que ella entrega su fe, su ser y hasta sus pensamientos como una perdurable y eterna propiedad. Pero tal es el mundo y Judas tenía razón: seguir la voz de aquel es lo más cuerdo y conveniente.

Llegábase Amelia al ara con su guirnalda de azucenas, quizá empapada en lágrimas; quizá se decía que puesto que así estaba establecido, ella hacía bien; acaso se felicitaba por su cordura, cuyo aplauso lisonjeaba su amor propio. ¿Qué mujer no quiere pasar por cuerda? ¡La aprobación ajena tiene tanto influjo sobre los espíritus débiles! Además, el matrimonio ha sido siempre para la mujer un santuario desconocido que aviva su curiosidad, un martirio agradable, un triunfo de la vanidad que produce envidia en las que se quedan al pie de la montaña! Era pues necesario que ella se resignase a ser feliz y aun se hiciese de rogar por lo que tanto quizás deseaba.

Está para verificarse la ceremonia del himeneo. La capilla iluminada y suntuosa ha abierto sus puertas a numerosa concurrencia. -El sí decisivo que las humanas conveniencias trataban de arrancar, iba a ser pronunciado. La doncella trémula y radiante al mismo tiempo, sostenida y aun exaltada por el heroísmo de la abyección, hijo de la ciega obediencia, alzó sus ojos y vio en un rincón de la capilla, en medio de las sombras, un semblante conocido e inolvidable. -Aquel rostro estaba iluminado por unos ojos que en otro tiempo habían sido espejos de felicidad y que ahora eran dos lumbreras de ira, de desdén y de amargura; parecían decir: «no se casa quien puede morir». La doncella no pudo soportar aquella mirada indescriptible y ahogando un gemido en su garganta, cayó muda y desfallecida en los brazos del futuro esposo.

- IV -

Aquella, noche en lugar de tálamo nupcial había un féretro; en él yacía la interesante, la simpática Amelia.

La muerte venía a salvarla de la profanación de su amor y su himeneo.

Su semblante parecía conservar el rastro de la vida, de aquella vida melancólica y de víctima. La muerte la rehabilitaba.

El ángel había bajado, como en otro tiempo, a remover y purificar las aguas de la piscina Bethsaida, la de los cinco pórticos, y la leprosa sanaba entrando la primera en la, Bethsaida de su alma. -Ella precedía a Alfredo en un cielo en donde debía encontrarla y reconocerla... purificada.

Con la toca de virgen, parecía más bella a la luz de los blandones que a la de las antorchas nupciales.

La iglesia estaba sombría. -El túmulo enlutado, las negras colgaduras prestaban al rostro de los circunstantes un aspecto triste y fúnebre.

Resonaba en las bóvedas del templo el doliente eco de las preces y salmodias funerales. -Aquel terrible Dies irae nada tenía de espantoso para el ser que, abandonando el desdichado limo, tornaba a su mansión primitiva. -Bien podían en un día terrífico y funesto, en el día de la ira y de la justicia, quedar convertidos en pavesas el mundo y los siglos. La voz profética de la sibila de que hablan los divinos salmos, no turbaba aquel espíritu que, si había pagado tributo al mundo, había sin duda lavado con lágrimas una complicidad hija puramente de la materia. El día de ira sería pues para ella un día de justicia y de esplendor. Es verdad que había emponzoñado una existencia; había sido un veneno moral; había impulsado tal vez hacia las tinieblas del escepticismo una moribunda fe que hubiera podido salvar; pero el Señor la perdonaría sin duda, porque ella no sabía lo que había hecho.

Fue conducida la muerta al panteón de su nueva familia.

Alfredo siguió al féretro en compañía de su afectuoso Ulrico, confundidos ambos entre el concurso. - Arrojó un puñado de tierra y un pedazo de su corazón sobre aquella tumba y retiróse silencioso al mundo, medio muerto en vida.

- V -

Era una noche tenebrosa y triste. Las estrellas no presentaban su faz a los pobres habitantes del valle de lágrimas.

Paseábase Alfredo solitario bajo los árboles que rodeaban la que en otro tiempo fue morada de su Amelia. ¡Aquellas paredes silenciosas eran testigos tan elocuentes de algunos días de felicidad! Cerraba sus ojos para recrear los de su alma en la región de los espíritus.

Dieron las doce en la vecina parroquia; de allí había partido aquel día, envuelto en yerto sudario, el tesoro de su existencia.

Parecíale continuamente oír aquellos cantos de muerte que helaban todo su ser y apretaban su corazón con un dogal de amargura. -Creía ver salir de aquella puerta cirios funerales, un féretro, luctuosa comitiva; oía dolientes gemidos mezclados al canto de los clérigos. -La puerta permanecía cerrada y muda como el cadáver que había atravesado sus dinteles algunas horas antes.

¡Amelia! exclamaba el doliente joven. -¡Pobre de mí! ¿Por qué has desaparecido de la tierra? ¿Por qué me has abandonado en este Calvario de mi soledad, en esta cruz de mi martirio? Era demasiado dulce la felicidad que lo futuro podía brindarme; la muerte burlona, pero ¿qué digo? ¿no se había convertido aquella gloria en cáliz de amargura?

De pronto rechinó la puerta del templo. La calle continuaba silenciosa.

El sereno lejano cantó las doce que acababan de resonar con lento, grave y sonoro campaneó. -Era la voz que recordaba a los que tuviesen oídos, que el tiempo marcha mientras duermen descansando los peregrinos de la tierra y se acorta su camino hacia el descanso eterno.

Abrióse la puerta del templo. -Su interior yacía en tenebroso crepúsculo... Un bulto sombrío atravesó los umbrales, deslizándose como un fantasma... Venía caminando hacia Alfredo. -Su figura parecía la de un monje cubierto con negra capucha... acercábase lentamente sin ruido, sin rumor alguno, sin agitar el ambiente que le circundaba, como un verdadero fantasma...

Acercose a Alfredo... mudo como un espectro. Por debajo de la capucha vislumbró aquel un semblante blanquecino como el ampo de la nieve. Su frente y sus ojos permanecían cubiertos bajo aquella aparente mortaja. -Alfredo sintió que le circulaba el frío que produce la proximidad de una masa de hielo. -El monje le tendió la mano amarilla como la cera, descarnada como la de un esqueleto, contenía un papel a manera de carta. -Alfredo se sentía sobrecogido a pesar de la entereza que debía darle su indiferencia, por todo lo que no fuese ya seguir al sepulcro a la que lo acababa de dejar solo en el mundo. -Tomó maquinalmente la carta. El fantasma desapareció.

El joven sintió el frío de la tumba brotar de aquel billete enlutado. -Su contacto hizo correr por todo su cuerpo un temblor convulsivo; acudió a su casa, medio transtornado, abrió aquel billete que parecía venir desde muy lejos... leyó:

«Basta de lágrimas, Alfredo. -La muerte me ha hecho tuya para siempre.

»El monje portador de esta carta, es un espíritu amigo; tiene una obra que llenar en el mundo y podría servirnos de mensajero en nuestros póstumos amores. -Esta carta encierra un rizo de mis cabellos, de aquellos cabellos que hacían el encanto y que tanto apreciabas. Renueven o finjan ellos en tus manos la perspectiva de algunas horas felices, personifiquen en tu alma la imagen de la pobre mujer cuya presencia has perdido. -También va una azucena de mi corona fúnebre, ella es una flor de mi sepulcro; no temas se marchite: el Señor de las misericordias la ha bendito con su eterno soplo y ya es una flor de la vida. Su perfume, te dará dulces ensueños y generosos impulsos, grato a la eternidad 'No se casa quien puede morir', me dijeron tus ojos: El espíritu piadoso me oyó y me ha enviado el benéfico tránsito de una muerte libertadora. -¡Ay! en el mundo me enseñaron que era modestia y virtud el disimulo y yo cifré en este mi vanagloria; pero esta es la morada de la luz y la sinceridad. No creas, sin embargo que todo es bienandanza. Este no es infierno no es el cielo y se padece porque se suspira por los que se ama, por lo que se ha dejado en el mundo. -El Señor ha dicho por boca del hijo «Donde está tu tesoro allí está tu corazón.» Y como mi tesoro quedaba en la tierra, mi corazón no podía entrar en la morada de los bienhadados; sufro pues, estoy en un doliente purgatorio; sufro y peno por ti, mi bien amado, pero cuán dulce es penar por ti. -Aquí puedo amarte con todo el cariño de que siempre fue capaz mi alma, te amo en espíritu, y en verdad; padezco por ti, temo por ti y solo tú podrás sacarme de esta misteriosa mansión. Pero ¡ay de ti, si una resolución criminal te cierra estas puertas y después las de una perenne bienandanza! ¡Amor y esperanza pueden libertarme, amor y esperanza pueden salvarnos! Adorado Alfredo en el mundo quedó mi tesoro, allá quedó también mi corazón. Alfredo cuida de él, no avives las llamas de este purgatorio... -Adiós.

- VI -

La luz de una bujía estaba para apagarse. -La habitación de Alfredo iba entrando en la región de las tinieblas...

Alfredo contemplaba el rizo que su amada lo había enviado desde la eternidad. -Su alma evocaba otra alma.

Sus ojos fueron dilatándose en la viva contemplación; parecía alucinado.

Sobre su pupitre estaban abiertos varios libros; era cuanto se ha escrito sobre las manifestaciones del mundo invisible.

Alfredo había buscado la verdad, la luz en el caos; quería convencerse de la existencia de lo invisible y su contacto con las pobres formas de la materia. Tenía pruebas en su mano, carta y prendas de su espíritu querido, buscaba sin embargo una fórmula de evocación ¡ah! hubiera dado toda su existencia por percibir la benéfica visión de la que adoraba; recordaba la posibilidad de la transfiguración

descrita por los sabios como un fenómeno positivo. - «Sobrenatural» murmuraba, he aquí una palabra, que no debe existir en absoluto; ¿qué podrá vislumbrar el hombre que no quepa dentro de su naturaleza? ¡La realidad infinita! Ese mismo infinito ¿no es también concepción humana? Esa realidad ¿qué es sino un espacio que llama al espíritu a ser ocupado por él? La materia, lo denso, siendo infinito, cabe en la naturaleza, ¿por qué no, lo espiritual, lo sutil? ¡Ah! cuando mi mente la ve en sueños ¿qué es sino lo sobrenatural en lo natural, qué es sino la realidad de un ciclo que cabe y llevo dentro de mi corazón? «Lo que está en lo alto es como lo que está en lo bajo; lo que está encima es como lo que está debajo». -La síntesis egipcia, la serpiente que muerde su cola. La antigüedad de este misterioso jeroglífico es su mejor testimonio. -El sólido enlazado al líquido, el líquido al vapor, el vapor al éter, el éter a los mundos diáfanos e invisibles, he ahí la cadena. ¡Dios mío! Que yo la vea, como te veo Señor infinito, ya que has permitido que mi mente te alcance, ya que has querido que te vea en ella, como en tu obra. -Que venga a mí atraída a estos ojos de mi cuerpo, por esa cadena impalpable que me une contigo y a ella por los de mi alma. -Que pase su ser desde los misterios en que encubres lo eterno, hasta esta realidad tangible, unida a tu realidad por tu esencia interminable. ¿Qué habrá de milagroso en mi demanda si todas tus obras son un perpetuo milagro? -Que la vea, Dios mío, o mi locura es inevitable. -La he amado mucho y el Cristo tuvo piedad de los que amaron mucho. -Este amor fue una ley tuya. -Aun cuando ella hubiese sumido su rostro en el fango de la tierra, aun cuando todos los elementos se hubiesen conjurado contra ella, yo la hubiera siempre levantado en mi corazón, porque la amaba y la amo mucho, ¿por qué no; siendo ella una de vuestras elegidas, purificándose y purificándome en el fuego de su alma?

De pronto los ojos de Alfredo aparecieron como si quisiesen salirse de sus órbitas; sus cabellos se erizaron, su rostro se puso pálido como la azucena que tenía en sus manos. -La lámpara mortecina dio a su semblante el brillo fantástico que presta el fuego del azufre. -Un perfume de muerte, el ambiente que dejan los cirios al quemarse en la cerrada bóveda de un templo, inundó la habitación. - Parecía que iba a suceder algo extraño allí... Sin duda se acercaba la presencia de lo invisible!...

¡Alfredo! exclamó una voz... Alfredo repitió acercándose... El templo de esta voz era varonil y conocido... Era la de Ulrico que entraba en la habitación. -Vas a volverte loco.

Alfredo se puso sorprendido. -Todo tornó a su ser acostumbrado. -La lámpara volvió a luchar con la oscuridad que casi la absorbía.

Ulrico entró buscando a su amigo. -Éste ocultó con presteza su carta y las prendas que no quería mostrar a los vivientes. Su comercio con el espíritu, hubiera sido llamado locura, y los hombres, aun cuando su opinión tornase para expresarse los labios de un amigo tan sincero como Ulrico, hubiesen profanado un amor que sobrevivía a la muerte.

Alfredo sintió sin embargo junto a sí el rastro de una entidad aérea y simpática, acaso tomó por tal lo que sólo sería efecto de sus nervios susceptibles y excitados por aquel estado visionario en que se hallaba.

Ulrico sintió alguna cosa extraña en el vaho de la habitación, pero atribuyolo a vicio del aire allí encerrado.

ULRICO. -Vas a volverte loco, amigo mío; la juventud, el mundo te llaman. Fuerza es salir de ese estado miserable, umbral del infortunio perpetuo y acaso del suicidio. -No la olvides, puesto que su recuerdo te es tan grato, pero el mal es irremediable. -¿Quién sabe, además? El mundo tiene grandes recursos para la juventud, y el olvido no es extraño al hombre. -Quizás encuentres otra más amable. - ¡Oh! es preciso olvidar amigo mío ya que es forzoso vivir Es preciso consolarse.

LA VOZ DEL MUNDO. -Necio del que muere viviendo tras un fantasma.

ULRICO. -Ven pues, amigo mío; para sentir no es necesario volverse loco. -Cierra pues esos libros en donde han consignado sus sueños y sus embustes mil cerebros delirantes y ven al valle de vida que nos espera.

Se oye a lo lejos la música y algazara de una fiesta. -Ulrico arrastra a Alfredo que lo sigue automáticamente.

Alfredo sintió a su oído y en su corazón el eco de un suspiro tan tenue que Ulrico, menos excitado, no pudo percibirlo. -¡Ya se ve, venía aquel de tan lejos!

- VII -

Hierve el champaña en las copas.

ULRICO. -Jacobo, una canción.

JACOBO. -Comience Carlos, cuyo vino es más alegre.

ULRICO. -Vamos, aquí tenemos en Jacobo otro romántico.

EDUARDO. -Yo creía que el spleen era exclusivo de Alfredo.

Este guarda silencio. -Su palidez no cede ni ante el calor que esparce en sus venas el bullente líquido. Sus ojos se fijan de vez en cuando con distracción, sus labios quieren sonreír en vano; su alma no está allí.

ULRICO. -Jacobo llora también ausencias, Elena, Elvira, Matilde... ¡qué sé yo! Su corazón parece haberse convertido en colmena; cada una tiene allí su celdilla.

EDUARDO. -Vamos, Carlos, olvidemos nuestro desencanto al rumor de las botellas. -Siempre fuiste un buen camarada para destapar algunas flacas. -Estoy por las flacas, suelen ser más espirituales, las botellas, se entiende.

(Cantando.)

Bella es la vida; en la abundante mesa

se ensancha el corazón, el alma goza.

No quiero mas penar; ¡vino, Teresa!

Esta es la vida... lo demás es broza.

CARLOS.

-(Recitando.) Topé yo una mujer con uña y rabo,

de estrepitoso y brusco desenfreno,

de esas que tienen el hocico ameno

y que todo lo toman por el cabo.

ULRICO. -Bravo, bien.

JACOBO. -Adelante.

EDUARDO. -Que glose.

JACOBO. -Silencio.

CARLOS. - «Y que todo lo toman por el cabo».

JACOBO. -Que glose, que glose.

CARLOS. - Al salir de mi casa cierto día

pasé de Finisterre por el cabo,

EDUARDO. -¡Sopla!

JACOBO. -Silencio, adelante.

CARLOS.

- Ninguno de vosotros lo creería

topé yo una mujer con uña y rabo,

Y con cuernos también, que es muy forzoso

la chaveta cubrir cuando hay sereno,

y más si la mujer es un coloso

de estrepitoso y brusco desenfreno.

Era la dama de gentil quilate

de las que pastan la cebada y heno,

que tienen por nariz un disparate,

de esas que tienen el hocico ameno.

Espantéme al mirar sus cucamonas,

y no penséis de esquivéz me alabo,

porque era de esas damas retozonas

y que todo lo toman por el cabo.

EDUARDO. -Bravísimo.

ULRICO. -«Y que todo lo toman por el cabo». Soberbio, soberbio.

EDUARDO. -A la salud de Carlos. (Beben.)

D. CELIO ALMODÓVAR. -(Viniendo de la mesa vecina en que se juega.) ¡Acabo de perder mi reserva!

EDUARDO. -¡Qué lástima!

JACOBO. -La célebre onza que nunca se perdía.

EDUARDO. -La que siempre desquitaba.

ALMODÓVAR. -Para rescatarla, jugaría hasta mi puesto en la otra vida.

CARLOS. -¡Picaron! como estás seguro de que acaso no sea muy bueno.

ALMODÓVAR. -Aunque lo fuese.

CARLOS. -(Con sorna.) ¡Blasfemo!

ALMODÓVAR. -¿Qué queréis? Estoy loco. -¡Acabar por perder aquella onza!

ULRICO. -¡Que era la de Almodóvar!

ALMODÓVAR. -¡Y que me prometía con ella labrar algún día esa fortuna cuantiosa con que siempre he soñado!

EDUARDO. -Vamos a ver D. Celio, siéntese V. y tome un trago de lo hermoso... Ahora platiquemos. -Aquí viene V. otros que desean lo que V. -Supóngase el Sr. Almodóvar que el abate Faria resucitase para sólo darle una fortuna rival de la que dio a Dantés. Supóngase que la sombra del bucanero Morgan le llevase a su caverna en la isla de la Mona, para mostrarle lo que todos dicen que guardó allí- ¿Qué haría V. con tanto? Todos lo imaginamos, pero queremos probarle que todo es poco cuando se trata de distribuirlo por gentes como nosotros.

ALMODÓVAR. -En primer lugar mandarí a construir un lujoso palacio digno de un Encantador, fantástico, excéntrico a mi modo.

JACOBO. -¡Para V. solo!

ALMODÓVAR. -Para vosotros también, amigos míos; con vosotros quisiera compartir los tesoros de la fábula.

EDUARDO. -Traeríamos cocineros franceses por supuesto.

ANELLO. -El fondista (Metiendo su cuarto a espadas.) Scordasti i macarroni.

EDUARDO. -Sí, sí, cocineros italianos también; Anello es hombre de gusto.

ULRICO. -Olvidábamos que la patria de la poesía y las bellas artes, lo es también de i manggiatori.

EDUARDO. -Y bien visto, la buena cocina es también una de las bellas artes.

ANELLO. -(Sobándose la panza.) Por supuesto; un bel arte, sicurissimo, un bel arte miei signori.

EDUARDO. -Pero volvamos a lo del Palacio; tendríamos cocheros ingleses, mayordomos alemanes, caballos de todas razas.

JACOBO. -Mujeres francesas.

ULRICO. -Ya pareció aquello.

CARLOS. -Circasianas, georgianas, estoy por las bellas esculturas.

EDUARDO. -No señor; ¿a qué tener que entenderse con mujeres que hablan ruso o turco...?

ALMODÓVAR. -No le hace; me agrada la mímica y ya nos entenderíamos.

EDUARDO. -Disparate, estoy mejor por las francesas.

ULRICO. -¿Hay algo más apasionado que una española, que una italiana?

CARLOS. -¿Y a dónde me dejáis los poéticos rostros del Norte, las novelescas britanas, las excéntricas hijas de Washington? ¿Y qué decís de las incomparables sucesoras de los Incas?

ALMODÓVAR. -Vamos, vamos; para que todos estuviesen contentos, traeríamos una de cada nación.

JACOBO. -Bravo, magnífico.

ULRICO. -¿Y qué pensáis del pobre Alfredo? Necesita consuelos; nosotros debemos hacer por él todo lo posible, nuestro querido y triste amigo.

CARLOS. -Le buscaremos algún pálido fantasma de ojos azules que le haga olvidar la pena que le abrumba; evocaremos la sombra de Eloísa o iremos a Teruel a buscar los huesos de Isabel de Segura; solo así estará contento este nuevo Marsilla.

ULRICO. -Dejemos esta broma, amigos míos; Alfredo lo que ha menester es la cariñosa, solicitud de sus amigos y sobre todo nada de burla sobre su estado.

JACOBO. -Nada de eso; a Alfredo se las daremos todas y a más nuestros brazos y nuestro corazón. Todos le abrazan.

EDUARDO. -Un brindis por Alfredo.

CARLOS. -Por que torne a su estado la alegría que en él tenía su más vivo espejo.

TODOS. -(Beben.) Bien, bien.

ALMODÓVAR. -Por lo visto, a pesar de ser yo el dueño de la fortuna, me dejaríais sin dama si quedase a vuestra elección.

LETARGO. -(Despertando.) Vamos, para V. amigo Almodóvar, se queda la mujer con uña y rabo de que habló Carlos hace poco. -Vamos no os hagáis el niño, el caso José, pues estamos seguros de que si ella os echara los brazos, no la dejaríais en ellos vuestra capa, como hizo aquel con la mujer de Putifar.

ULRICO. -Caballeros, habló De profundis. -D. Letargo, por lo visto, comprendió que si continuaba dormido, se quedaría sin parte del botín.

LETARGO. -Claro está. -Con sólo hablar de ellas se volvió esto el puerto de arreba-capas y no quiero que cual camarón dormido me arrastre la corriente. -Para Almodóvar tengo yo una trigueña de los trópicos que ya...

CARLOS. -Bien, caballero; basta por lo que respecta al harem.

JACOBO. -Tendríamos allí jardines que envidiaría Lenôtre, lagos y chalupas, bosques poblados de canoras aves.

EDUARDO. -Ya tenemos los idilios -sólo nos falta Leandra vestida de pastora.

ULRICO. -Invitaríamos a Alejandro Dumas, padre, que es todo un buen tercio, a qué pasara un verano con nosotros. Él daría celebridad y realce a nuestro fausto.

EDUARDO. -Sí, porque el aplauso es la corona de los goces. Veríais que romances haría sobre loa Adanes y las Evas de este nuevo Edén.

ULRICO. -Y bien, amigos míos; ¿cuándo esa fortuna tocase a su término?

CARLOS. -Un festín de despedida nos apartaría de este mundo llevando a cuenta bastante cantidad sobre los tesoros del otro.

JACOBO. -¿Y habéis olvidado que aquí había muchos para quienes la vida no es un Edén de riquezas, sino un valle de lágrimas y cuyas quejas y maldiciones podrían atormentarnos en la tumba?

ALMODÓVAR. -Es verdad. -Pero todos estos son por desgracia sueños.

EDUARDO. -De locos.

JACOBO. -Es decir, de hombres.

ULRICO. -Por fortuna tenemos algunas perlas de piedad en el alma y esto no deshonra nuestros sueños de riqueza.

ALMODÓVAR. -Esto es tan cierto como que trato de ir a rescatar la imponderable. -De lo contrario, me suicido con el guijarro que ya sabéis.

ALFREDO. -¡No puedo sufrir más! Ulrico déjame, dejadme amigos míos; quiero estar solo, si no, voy morir... dejadme!

Algunos siguen a Alfredo, a poco vuelven todos... se sientan.

ULRICO. -¡Pobre amigo!

CARLOS. -Es verdad (Llamando.) ¡Jaime, champaña!

Continúa el ruido de las copas, las imprecaciones de los jugadores, los cantos de alegría... o de amargura y despecho disfrazados.

Cae el telón, una de las muchas cortinas de este mundo.

- VIII -

Vagaba Alfredo alrededor de la Iglesia que ya conoce el lector; la puerta no se abría; el monjesombra no se presentaba.

¡Me ha olvidado ya! exclamaba.

¡Ah! ¿por qué no la he seguido? Es imposible que sea una vana alucinación. -Aquí, sobre mi corazón está su carta, siento en él la impresión extraña que su contacto produce en mi ser. ¡Ah! indudablemente estoy loco... ¡No se mata quien debe vivir! Y sin embargo, morir sería para mí un consuelo tan grande!

Ahí he dejado a esos amigos que creen vivir pretendiendo embotar en burlas y en sátiras amarguísimas o en sueños de una suspirada ventura, la espina fiera que todo nacido lleva en sus entrañas. -¿Quién no ha visto burlada una esperanza? ¿quién ha podido matar en su alma y para siempre un deseo atormentador? ¡Ah! ¡tu copa, Mob!

Al decir esto sentía hervir su cabeza comprimiéndola entre sus manos como si tratase de ahogar el bullente fuego que devoraba su cerebro. -Paseábase agitado por su habitación, en que acababa de entrar presa de un violento frenesí.

-¡Me ha olvidado ya! -Hace tres, siete, nueve días, que acudo en vano al lugar de sus citas, a su sepulcro, al templo, a las cercanías de la que fue su morada; el sombrío mensajero no se ofrece a mi anhelante afán.

Desde el día en que aquí mismo estuve a punto de ver su imagen querida, evocada en nombre del cielo y de mis dolores, desde entonces está sorda a mi voz; aquel suspiro desgarró aun mi alma. -Ulrico, celoso de lo que llama mi tranquilidad, vino a buscarme entonces para llevarme a ese mundo que detesto y que es ya para mí un desierto sin límites. -Ella se ha olvidado del que sin ella no puede vivir. -¡Amelia, querida Amelia!... Pues bien, yo también la olvidaré, quiero vivir, viviré, haré lo que tantos otros. -Aquí, su carta, su rizo... Me dijo que sus cabellos serían en mi mano un talismán poderoso, un verdadero resorte mágico para evocar su sombra. -¡Ah! ¡cuántas veces la he invocado infructuosamente! Destruya el fuego de una vez tan atormentador hechizo.

Aplica la guedeja a la bujía, comienza a quemarse.

El eco de un doliente suspiro hiere su corazón.

Ilumínase la estancia con resplandor siniestro; crece el espacio de aquella ante sus ojos. Aparecen allá en lontananza los objetos antes cercanos; a lo lejos se levanta un túmulo, luces funerales iluminan un féretro... ábrese éste... álzase de él con solemne y medrosa lentitud una sombra, el cadáver de una virgen; su blanco sudario forma un contraste con lo enlutado de las paredes y del

túmulo. Es la sombra de Amelia... pálida como su túnica, demacrada como la muerte. -Sus ojos están fijos como los de una estática- ¡cuán hermosos, sin embargo! El ligero vidriado que les presta la muerte, sólo ha empañado un poco, aquel diáfano espejo de un alma expresiva y bella; ¡ay! aquellos ojos cuya mirada era una sonrisa o una queja, que tenían todo el brillo vago de un hermoso pensamiento, toda la elocuencia de un tierno corazón; aquellos ojos que sabían llorar y se hicieron para el amor. -Su semblante descarnado conservaba aún la dulzura y suavidad de aquellas facciones como el diseño medio borrado, como el iris que va a desaparecer, como el disco de un astro al través de una nube blanquecina. -Estaba triste, ¡ah! traía sobre su ser el padecimiento de la indefinida ausencia, el encanto de una piadosa resignación. Era el rostro de una mártir al subir a la mansión del premio. La corona de azucenas con que se acostó en la tumba, aderezo de sus nupcias funerales estaba cuasi lozana todavía, solo que la incuria del sepulcro había deshojado alguna de sus flores.

Llegose a Alfredo, inmóvil, deslizándose como el ave que se cierne sobre los aires, impulsada por el blando céfiro de regiones ignotas, con la vaguedad de un espíritu... acercose...

Alfredo yacía mudo, doloroso, lleno de pasmo y dominado por terror indescriptible... Quiso hablarla... pero su voz murió antes de ser articulada; sus labios y su seno parecían oprimidos por una masa de hierro.

Acercose más el fantasma; levantó una mano que Alfredo había acariciado tantas veces en dulce arrobamiento, una mano que la muerte había descarnado prestándole el color de amarillenta cera, pero graciosa todavía... Púsola sobre el corazón del joven. -Sintiose éste morir a la impresión de aquel yerto y levísimo contacto; sintió en su frente una impresión más yerta todavía, eran los labios de Amelia, su sensación fue indefinible; sintió el eco en su corazón y cayó desmayado.

- IX -

Las antorchas brillan, la música resuena; cien bellas danzan adormecidas en brazos de sus alegres amadores. Reina la fiesta, reina la alegría.

ALFREDO. -¡Oh! ¡carga pesada! ¡Por piedad, por piedad, espíritus que me rodeáis, ayudadme a llevar esta pesada cruz de la vida! ¿Por qué, dulce visión mía, al tocar mi corazón con tu mano helada, no me comunicaste, la venturosa muerte? -¿A qué vedarme el morir, ese tránsito que miro como un bien suspirado? ¡Ah! ¡tantos otros que tienen en este mundo lauros y sonrisas, que suspiran de gozo cuando el sol nace y lloran temerosos de que al ponerse no les deje allí! -¡Tanta madre que gemirá a la cabecera del hijo amado, pidiendo al cielo con dolientes quejas la vida que se extingue! ¡Cuánto anciano temeroso, cuánto joven moribundo no podrían saborear esta vida que es para mí un estorbo y que yo les daría en cambio del sepulcro que les amenaza!

UN MÁSCARA. -Alfredo, estás esperando una resurrección que no llegará... todavía. ¿A qué apurarte? La trompeta del Juicio tiene su día marcado y en Josafat hay sitio para todos: Allí nos encontraremos. -Entre tanto escucha resonar con gozo estas trompetas de la locura, y danza alegre en este torbellino. -En él bullen ocultas todas las pasiones que habrá que condenar en Josafat, y hay caras más ridículas que las que allí se verán en aquel día sin sol y sin sombra.

Esto por lo menos, como no es el valle del Juicio, en lo menos que se piensa es en tenerlo o en hacerse justicia. -A la danza pues y hasta entonces, ¡viva la injusticia! Su bondadosa antagonista ha hecho bien en reservarse para otro mundo cuando porque en este la apedrearían.

OTRO MÁSCARA. -Lástima es que no haya otro diluvio universal para ver como nadaban ciertos ánades.

OTRO. -Alfredo ¿estás triste? Este no es sitio de duelo. A llorar a los cementerios; este es un jardín en que hay bellas flores que dan alegría. -Dime, si al bailar con una hermosa como aquella (Indicando a Julia que pasa danzando junto a él.) ¿echarías de menos el paraíso? ¡Oh! que me lo den aquí en la tierra; de seguro que no será tan necio que lo pierda por comer de una manzana... sobre todo cuando hay otras tantas frutas deliciosas.

Alfredo llevaba a su labio la azucena de su amada aquel talismán de los gratos ensueños y de los generosos impulsos.

De pronto oyó pronunciar su nombre. La voz que lo articulaba era una melodía dulce y melancólica, era tenue y grato acento, un eco adorado que penetró en su corazón y sacó de allí dos lágrimas de ternura, de aquellas tanto tiempo detenidas y que en vano había llamado a sus ojos para desahogar la amargura de sus penas.

Volvió la vista; halló junto a sí una misteriosa enmascarada. El corazón lo decía que aquel era su soñado Espíritu. ¡Tenía tantas cosas que decirle! ¡Era tan inesperada su aparición!

En esto resonó un vals, uno de aquellos torrentes armoniosos de Strauss que vierten en la fantasía encantos inefables, cuyas transiciones de lo armonioso a lo melódico semejan ora un despeñado raudal estrepitoso, ora un río apacible y lleno de plácidos rumores; festivos y melancólicos a la vez, invitan ya a la exclamación del contento ya a la queja del dolor. Notas suspiros tan vagos para describirse, cuanto lo son las emociones que ocasionan, encanto del éxtasis, vaguedad del éter. - Strauss es el bardo eufónico de la juventud de nuestros tiempos, entusiasta como las ideas que la inspiran, quejumbrosa al estrellarse contra la roca levantada por el duro y árido positivismo de nuestra época; vagarosa como ese océano de poesía incierta y desconsolada, peculiar de nuestro dudoso siglo; rechazada por do quiera, solo encuentra un cauce en el desierto sin horizontes de su infinito.

A la ruidosa invitación de la orquesta, correspondió un enjambre de parejas que comenzaron a deslizarse como otros tantos torbellinos arrobadores.

La máscara silenciosa apoyó su brazo en el de Alfredo, dejose ceñir por éste la aérea cintura como en ademán de aceptar aquella invitación a la danza, lo que él hizo dejándose llevar maquinalmente.

Un extraño estremecimiento de felicidad desconocida, incalificable, se comunicó a todo su ser; aquel contacto levísimo, imperceptible como un placentero hálito, helaba y enardecía su alma a un mismo tiempo. -Su vista se desvanecía cual si le acometiese un delirio, un vértigo extraordinario, asediábanle la pena y el contento; en vez de pensamientos, solo tenía imágenes, pero vagas, imperfectas y deliciosas, esquivas a la forma como una emoción, como el sueño de una existencia desconocida, llorosas y risueñas, placenteras y colmadas como la felicidad.

Dejáronse llevar mutuamente en aquel torbellino fugaz, eléctrico, más poderoso que sus fuerzas, más poderoso que su voluntad.

Alfredo sentía escaparse de sus brazos aquel espíritu consolador, impulsábase a asirlo. -¿mas quién podría asegurar entre sus brazos la fantástica sombra de una imagen, de un sueño?

Las espléndidas notas del gran músico alemán, hacían correr por sus venas una lava tibia y grata. - Sus nervios vibraban como las cuerdas de una lira, su cerebro era un panorama en que iban pasando fugaces, al compás de aquella encantadora música, cien y cien visiones celestiales. -Aquellas vagas cadencias retrataban el delicioso extravío de su ser, cada una de ellas era para el alma una ondulación, una vibración divina. Perdía su alma en los espacios, vela lo invisible, palpaba el éter;

en aquella transfiguración hechicera sentía la realidad infinita. -Allí estaba Amelia, la veía, la palpaba, iba con él por aquellos espacios del espíritu en pasmo del alma, en éxtasis beatísimo. - Parecía ir camino de los cielos, vislumbrando allí su encanto, percibiendo sus coros angélicos, al suave impulso, mecido sobre las alas de un arcángel.

Cuanto hayan imaginado los poetas en su embriaguez de hermosa inspiración, cuanto hayan soñado los elegidos, allí estaba en su alma, en aquel huracán sin estruendo ni rumores. -El salón huía de su vista, los circunstantes eran otros tantos mandos luminosos que le salían al encuentro, que se deslizaban por su lado, que le amagaban sin tocarle, con sus luminosas cabelleras, ¡aquello era morir, pero morir en brazos de los ángeles en las puertas de un amado cielo!...

- X -

Al volver Alfredo en sí, se encontró en su habitación; los cuidados de Ulrico y demás amigos le mostraban que su accidente había sido harto grave. -No le quedaba duda de que había sido víctima de una terrible alucinación; sin embargo creía recordar que el Espíritu, al deslizarse de sus brazos, dejó en su crispada mano un girón de su sudario; al volver, había hallado aquella prueba de que su sueño había sido una incomprensible realidad; al comprimir aquel despojo de la tumba, trocose en polvo y luego... en nada; lo que ya era su Amelia para este mundo.

El espíritu había murmurado a su oído o mejor, había escrito en su mente estas palabras: ¡Morir por el bien del hombre no cierra el cielo; todo hombre puede encontrar un glorioso Calvario y después un paraíso!

Estuvo Alfredo gravemente enfermo, no le dejaron sin embargo morir. -El espíritu no vino a verle sin duda por piedad: no era caridad traer al pobre viviente imágenes de un cielo que debía ver escapar.

-Ella padece por mí, murmuraba, me aguarda; ¡vivir aquí teniendo mi tesoro en la eternidad! ¡Estar ella en la eternidad teniendo su tesoro en este mundo! ¡La hora es ya llegada!

- XI -

La voz de un héroe llama a un pueblo que se agrupa en torno de su bandera. -Aquella bandera está bendita y es el lábaro de la humanidad.

El campamento se agita con los preparativos de la batalla. -El resonar de los clarines y las bélicas músicas enardece la sangre y los espíritus; el entusiasmo de una noble causa se siente bajo aquellos pendones que flamean al matutino soplo; las armas resplandecen y resuenan. -Al acento de los caudillos sucede el silencio momentáneo y solemne de expectación que precede al combate. -En ese momento de incertidumbre y acaso de ansiedad, cada cual trata de justificar en su conciencia la causa por qué va a derramar su sangre y la de sus contrarios, sangre humana y de hermanos; ninguno espera que caiga sobre su cabeza. -Estos son los momentos del examen de conciencia, del testamento moral; recuerdo de cariño por lo que se deja en el mundo, gemido del alma al ver segada en flor alguna ilusión que aun podía realizarse en la vida...

Trábase la lucha; retumba el cañón, el humo y el tumulto cubren el aspecto y la voz de los combatientes. -La lucha es encarnizada, aquellos dejaron de ser hombres para ser tigres, es la sublimidad del león, de la fiera que satisface un brutal instinto, pero ¡ay! desgraciadamente los hombres tienen con frecuencia que reñir para obtener la paz y el bien; toda idea nueva, aun la más generosa, es casi siempre bautizada con sangre. Así está escrito.

Allí estaba Alfredo, allí estaba Ulrico cuyo corazón era el de un soldado de la humanidad, esa hasta hoy madrastra descreída que sus hijos tienen que obligar a ser madre a fuerza de lutos y de lágrimas; allí estaban otros jóvenes gastando gustosos la savia de su alma en un combate desinteresado.

LA VOZ DEL MUNDO. -Allí están algunos jóvenes ilusos que pelean por una palabra, sin más recompensa que la vanidad de un aplauso. -¡Pobres mozos! Olvidan que los redentores son siempre crucificados. -¿Qué sacarán de tanto estruendo? Nada para ellos o lo que es lo mismo un pobre laurel y la necia satisfacción de haber defendido lo que ellos en su juvenil ilusión apellidan «una buena y noble causa».

Terminó el combate.

- XII -

Tornaron las fuerzas a su campo; es decir, que habían sido rechazados hasta mejor ocasión.

En el combate había recibido Alfredo un balazo en el pecho, sin embargo, aun vivía.

Ulrico estaba junto a su lecho de campaña.

El dolor físico no era bastante a desvanecer el gozoso encanto que expresaba el semblante del herido.

Las sombras eran cada vez más intensas.

El quién vive de un centinela, no correspondido, fue secundado por un disparo y otra serie de ellos que no lograron detener en su impasible marcha, una aparición de figura humana que se introducía en el campamento y que llegaba a la tienda de Alfredo...

Era un enlutado monje que venía a escuchar su confesión... Alfredo reconoció en él a su fantasma amigo, a su sombrío mensajero.

Levantose Alfredo, Ulrico dormitaba rendido de fatiga...

Siguió aquel al monje.

Salieron ambos del campamento.

El silencio mortal les servía de compañero.

Alfredo y el monje entraron en una región desconocida.

Abriose una tumba; un cadáver, mejor dicho, una amada sombra recibió a aquel en sus brazos.

La mano descarnada del clérigo-fantasma bendijo su unión en nombre del cielo.

Apareció en los aires la escala luminosa de Jacob que fue extendiéndose con ellos hasta perderse en las nubes. El manto o la mortaja de Amelia cubría la sombra de Alfredo.

Ulrico vio en sueño los dinteles de un mundo celestial; percibió allí a su amigo y a su amada que entraban gozosos. -Al son del arpa gloriosa del rey-profeta, cantaban los querubenes el salmo de la bienaventuranza.

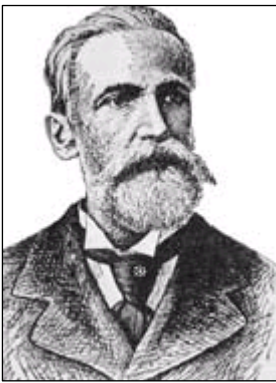
El Cristo escribía con sangre de su costado sobre aquellas almas: «Donde esté vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón».

Aquella música agradable despertó a Ulrico.

Las bandas del campamento hacían resonar la alegre diana.

Tendió Ulrico la vista sobre el lecho de Alfredo; tan solo halló un cadáver querido que abrazó y anegó en amistosas lágrimas.

Que Alfredo murió en aquella batalla es cierto. -Lo demás será un sueño de Ulrico, él es quien todo me lo ha contado.



Alejandro Tapia y Rivera. Nació en San Juan (1826) y falleció en la misma capital, el 19 de julio de 1882, mientras hacía uso de la palabra en una junta de la Sociedad Protectora de la Inteligencia, que se celebraba en el salón de actos del Ateneo Puertorriqueño. Estudió los grados primarios en San Juan y fue discípulo del Maestro Rafael. Ejerció un puesto en Hacienda y a raíz de un duelo con un oficial de artillería fue deportado a España. En Madrid (1850-52), completó sus estudios literarios y se unió a la Sociedad Recolectora de Documentos Históricos, Relativos a Puerto Rico, que había sido fundada por otros eminentes compatriotas. Por su obra literaria, se le considera el padre de la literatura puertorriqueña ya que -a excepción de la poesía y el cuento- fue el iniciador de los demás géneros en la isla, si se tiene en cuenta la cantidad y calidad de su producción. Las piezas más destacadas de su obra son: las novelas y leyendas *El heliotropo* (1848), *La palma del cacique* (1852), *La antigua sirena* (1862), *Póstumo el transmigrado* (1872) y una segunda parte, *Póstumo el envirginado* (1882), *La leyenda de los veinte años* (1874), y *Cofresí* (1876); los dramas *Roberto D'Evreux* (1856), *Bernardo de Palyssy o El heroísmo del trabajo* (1857), *La cuarterona* (1867) y *Camoens* (1868), *Vasco Núñez de Balboa* (1872); las obras biográficas sobre *José Campeche* (1854) y *Ramón Power* (1873); los poemas *La Sataniada* (1874) y los incluidos en *Misceláneas* (1880); el libreto de la ópera *Guarionex*, estrenada en 1854; además de la publicación de conferencias, antologías, cuadros de costumbres, ensayos y un trabajo autobiográfico, *Mis memorias*, que quedó inconcluso y se publicó póstumamente en 1927.

PUERTO RICAN SYNDROME

O

COSAS EXTRAÑAS VEREDAS

(Reportaje rescatado del maremoto que acabó con las cuitas del status)

Por Ana Lydia Vega



*Puerto Rico es el cadáver de una
sociedad que no ha nacido*

SALAS QUIROGA (CITADO POR A. TAPIA Y RIVERA)

En verdad, en verdad os digo que los tiempos andan hechos revoltillo. Los apocalípticos vaticinios de la Biblia son meros cucos de campo ante la predestinación boricua a lo nunca visto. Porque, seamos sinceros: ¿quien que estuviera en sus relativamente sanos cabales hubiera podido imaginarse que a Nuestra Señora de la Provincia le daría algún día con aparecerse en la zona metropolitana? Todos conocemos su abierta predilección por los paisajes bucólicos abundantes en castas doncellas e inocentes párvulos. Cuál no sería pues el estupor de los vecinos de Caparra Terrace cuando Junior, Daisy y Mickey Colón, de ocho, nueve y diez añitos respectivamente anunciaron con trémolos de monaguillo que:

-Una señora vestida de blanco, azul y rojo se nos apareció. Tenía un traje bien bonito y un velo llenito de estrellas de arriba a abajo.

-¿Y de que color tenía el pelo, ah? preguntó la madre con suspicaz meneo de rolos, desatendiendo un instante la fritura de hamburgers.

-Rubio.

-¿ Y los ojos? -interrogó, a su vez, el padre a través de las miamis de la cocina, soltando la cortadora de grama para limpiarse el sudor de las manos en los bermudas de cuadros.

-Azules.

Aliviados por la fidelidad que guardaban las señas ofrecidas con los retratos de la Madona exhibidos por iglesias y catecismos, los conturbados progenitores reanudaron el interrogatorio.

-¿Y a dónde fue que la vieron?

Los niños intercambiaron miradas de martirologio antes de confesar, con la seguridad de un Popular antes de 1968:

-Por televisión.

Ahí fue que a la madre se le cayó la botella de Ketchup, elevada cual cáliz escarlata, yendo a tajear el dedo gordo del pie paterno que asomaba placidamente su cabeza por la pachanga plástica.

Tras los ayes, abluciones, vendajes y carajos de rigor, el padre se sobrepuso al dolor para seguir indagando, fiel a la novelaría nacional:

-Pero ¿cómo y qué por la televisión?

Presto recitaron los niños con perfecta coordinación de coro helénico:

-Estábamos mirando los muñequitos del sábado... ENTONCES... nos estábamos comiendo una caja Family Size de Rice Crispies... ENTONCES... dijo Pacheco que para ir al cielo había que ser doctor, arquitecto o abogado... ENTONCES... se oscureció la pantalla... ENTONCES... apareció una señora bien linda, rubia, de ojos azules, vestida de rojo azul y blanco y con el velo llenito de estrellas... ENTONCES...

Entonces sobrevino un minuto preñado de reflexión, luego del cual se estiró lánguidamente la voraz solitaria de la duda.

-¿Y qué fue lo que les dijo la doña esa?

Los niños intuyeron la tamaña falta de respeto implícita en la pregunta. ¡A ellos que se habían criado en lo imposible, a ellos que habían jugado con nieve en el trópico, a ellos que cada día veían crecer un condominio como una verruga nueva sobre el lomo sarnoso de la ciudad, a ellos que podían comprar límbels con cupones venirles con dudas cartesianas!

Indignados, se sumieron en una larga meditación metafísica de cuyas honduras no logró arrancarlos ni el aroma de los hamburgers ni la seducción helada de una lata de Coca-Cola.

Los padres aprovecharon el trance para verificar el relato llamando al Canal 4. Allí no sabían nada, no habían visto nada pero despacharon enseguida un reportero rumbo al lugar de los hechos. Por fin, el decreto patriarcal resonó entre las cuatro paredes agrietadas de la casa Duplex, sacudiendo hasta las rejas que crecían como fideílo sobre cada orificio de la morada y:

-Hay que alertar al barrio,

dijo el padre, como si se tratara de un temporal.

La una de la tarde. Todo era paz en Caparra Terrace. Las amas de casa, hechas estatuas de grasa frente a los televisores, recibían devotamente el Evangelio de labios de Rolando Barral y Johanna Rosaly. Los maridos roncabán al unísono con el puño crispado alrededor de una lata de cerveza. Había que hacer acopio de energías para la partida de dominio que coronaría este inolvidable día de Jorge Washington en que la isla era toda una inmensa barbacoa humeante.

El chillido del teléfono taladró la armonía vespertina. Doña Jova, un sandwich cubano apuntado estratégicamente en dirección a su esófago, maldijo, caminando hacia el aparato, el día y la hora en que su útero la había traicionado.

-¿Qué pasa ahora, nene?

Chilló automáticamente, creyendo de primera intención que era su hijo Yunito, sediento de consolación materna tras la pela cotidiana administrada a su esposa. Los ojos saltones de Doña Jova, clavados en el Cristo de Mueblerías Mendoza que agitaba su mano izquierda, se iban poniendo como dos escupideras mohosas a medida que escuchaba las arrolladoras nuevas.

Minutos más tarde, la urbanización se estremecía a timbrazos. La gente abandonaba la Primera Tanda para desparramarse en el asfalto adyacente. Los niños eran asaltados a preguntas, provocados y mimados, vitoreados y vituperados, malditos y canonizados simultáneamente. Y comenzó el desfile, más concurrido que un 25 de julio en año de plebiscito.

Las sillas de rueda rompiendo records de velocidad.

Los flebíticos pujando a todo tren, apoyados en zancos, montados en patines.

Los parkinsonicos experimentando imperceptibles remeneos de emoción.

Las matronas de urbanización frotándose eufóricas las varicosas azulosas de diez partos.

Las veteranas de los veteranos de Vietnam entreviendo el fin de una castidad forzosa.

Los marcapasos tocando a ritmo de rumba.

Las hemorroides floreciendo al vaivén de nalgas sobrealimentadas.

Los piojosos, chancrosos y golondrinosos siguiendo de lejos a la comparsa, con campanas invisibles de leproso colgadas al cuello.

De la Américo Miranda a la Avenida Central se habían filtrado las albricias y ya corrían versiones múltiples del milagro: que la Virgen se había posado sobre la antena de televisión de los Colón, que saldría el sábado en el Show de la Chacón, que todos los canales de EEUU lo retransmitirían por satélite en dual language... De la Riviera, Puerto Nuevo y Caparra Heights llegaban delegaciones cada vez más nutridas de corinos, tullidos, mudos, sordos, ciegos, mellados, enfermos sexuales, retardados, acomplejados, colonizados, todos con su transistor o su cassette-player a cuestas, berreándole tradicionales letanías a la aparecida:

ROSA PLASTICA

ESPEJO DE DEMOCRACIA

VITRINA DEL CARIBE

PUENTE ENTRE LAS AMERICAS

MADAMA BIÓNICA

ESTRELLA DE LA UNIÓN

VEDETTE DE AMÉRICA

MUJER MARAVILLA

Sobornados con un viaje a Disney world, los niños revelaron por fin que Nuestra Señora había prometido reaparecer en un Especial de televisión cuya fecha no condescendió en fijar. Con la única condición de que los residentes de Caparra Terrace instalaran un televisor a colores de cincuenta pies en la esquina de la Gabriela Mistral para facilitar la difusión del milagro.

-¿Qué hacer? -gritaron los vecinos al recordar que el día de Jorge Washington, Plaza las Américas dejaba huérfanos a sus consumidores adictos.

Pero la muchedumbre irrefrenable, exacerbada por la sed de epopeya que desde la jubilación del Vampiro de Moca no hacía sino crecer, tomó la grave resolución de interrumpir los festejos del gobernador en Jájome con el fin de exigir acción inmediata, so pena de tomar la justicia en sus propias pezuñas.

El primer ejecutivo acababa de llegar a su residencia de veraneo con un escuadrón de investigadores de la W.A.S.P. University of Alabama, a quienes había previamente develado uno de los máximos logros de su administración: la estatua del Drogadicto Ecuestre, estéticamente incrustada en la

autopista de San Juan al Complejo Penal de Isla de Mona. Profundamente conmovidos habían quedado los visitantes ante la jeringuilla gigante que blandía el ojeroso jinete contra el grisáceo firmamento de la autopista sembrada de centrales nucleares. Dichos señores parecían sin embargo empeñados en procrear un libro titulado: THE RISE AND FALL OF FREE ASSOCIATION. Y cuando, entre bocados de Virginia Ham a la Cherry Tree, el gobernador había casi logrado que substituyeran el vocablo «fall» por el menos trágico «decline». Uno de sus quince guardaespaldas le comunicó el portento de Caparra Terrace.

El gobernador prendió un velón mental a San Judas Tadeo para agradecerle el que no se tratara de alguno de los cincuenta sindicatos en huelga de hambre u otra falsa alarma de bomba lanzada por su hijo menor e invitó a los homenajeados a presenciar en carne viva otra de las glorias de la free association: la copulación armónica de la influencia civilizadora anglosajona con la no menos auténtica y folklórica hispanidad.

Ante la posibilidad de una publicación exótica y el consiguiente ascenso en la jerarquía de rangos universitaria de la W.A.S.P. los investigadores aceptaron jubilosos. Y como el jet privado del gobernador había estallado hacia unos días gracias al alevoso sabotaje de un grupo de nostálgicos hitlerófilos ansiosos por castigar el liberalismo imprudente del primer mandatario, se trasladaron con la celeridad que los tapones de la carretera de Caguas se lo permitieron, al lugar de la acción. Allí tuvieron el honor de compartir con su Excelencia el aspirante a papa, enfrascado, por cierto, en una muy trascendental discusión con los señores de la prensa. Sostenía el prelado que los hijos de las mujeres violadas merecían el limbo por su calidad de engendros de la violencia. Los periodistas objetaban que una medida tan drástica desahuciaría del paraíso a más de la mitad de la población boricua. Interrogado sobre el telemilagro, expuso el santo varón su intención de telefonar Collect al Vaticano esa misma noche, sin lo cual no podría pronunciarse al respecto. Muy bien podría tratarse de una siniestra maniobra del comunismo internacional para confundir pueblos incautos, llevándolos al menosprecio de la propiedad privada.

El clamor de los urbanizados conmovía los fundamentos prefabricados de la urbanización. Los alaridos iniciales de «Ese es», «Ese es» que habían saludado la llegada del primer ejecutivo habían cedido el paso a consignas de mayor gravedad, tales como:

LA VIRGEN ME ENCANTA

LEY DE CIERRE CONTRA LIBERTAD DE CULTO

ME SIENTO ORCULLOSO DE PLAZA LAS AMERICAS

Uno de los investigadores de Alabama, quien, dicho sea de paso y sin malicia, tenía un leve aquel a Blanton Winship, distribuía como quien no quiere la cosa y medio por debajo de la mesa, sobrecillos de píldoras nucleares anticonceptivas entre la muchedumbre.

El incumbente de Fortaleza se deshidratava como una berenjena bajo la tortura pinochética del sol. Tan solo el recuerdo prófugo de las próximas y muy próximas elecciones y el terror de ver personarse allí al candidato de la oposición, cuya plataforma de partido era peligrosamente idéntica a la suya, le impulsaron a tomar una decisión hartamente arriesgada: mandar a abrir las puertas de Plaza las Américas en pleno día de Jorge Washington, para la compra con fondos públicos del televisor requerido por la Madona.

El arrojo del máximo líder del país, su incorruptible entrega al Bienestar Público, su catolicismo a prueba de fuego, fueron epopeyados por el rotativo oficial del gobierno. La gesta fue comparada a su hasta entonces más gloriosa efemérides: la reclusión de todos los independentistas del país en campos de concentración construidos sobre mátrases flotantes a cien petroleguas de Vieques.

Tan inmensa fue la popularidad del prócer, tan noble y desinteresada su acción que el Senado le perdonó aquella simpática violación de las más elementales normas democráticas que había cometido al olvidar consultar al Pentágono antes de tomar la feliz resolución.

Centenares de peregrinos pernoctaron esa noche y las siguientes en el santuario de la Gabriela Mistral. Los vecinos de Caparra Terrace no dejaban pasar ni un comercial en espera del prometido especial de Nuestra Señora. Nadie soñaba siquiera con ir a trabajar. Día y noche permanecía el

pueblo en mística hipnosis frente al aparato.

Los canales de televisión ajustaron su programación a las circunstancias, exhibiendo gastadísimas películas de Semana Santa que tenían almacenadas, todo lo cual mantenía al público en constante sobresalto. Cada vez que aparecía Poncio Pilatos envuelto en una toga romana o Maria Magdalena brillándole los pies a Jesucristo, chillaban las masas:

-¡La Virgen!

y se alborotaba el gallinero.

Las casas de efectos religiosos hicieron su agosto. No quedó estampita, escapulario o medalla de la Providencia en todo el país. Hubo que mandar a buscar los equivalentes de la Altagracia a República Dominicana para retocarlos al gusto nacional. La importación de efectos religiosos llegó inclusive a superar la de plátanos, yautías e inmigrantes ilegales provenientes de las quisqueyanas riveras.

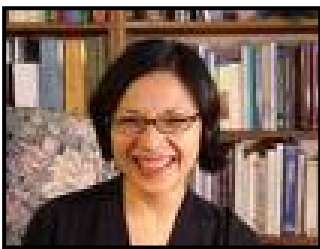
Una semana después de la primera aparición televisada, justo cuando empezaban a proliferar los kioscos y comivetes cubanos en los alrededores del santuario se sintieron los primeros temblores. El televisor sacro se remeneaba cual vedette epiléptica y la imagen trotaba con ausencia de recato digno de un gringo bailando su primer merengue.

La gente se arremolinó frente al aparato a los gritos de:

¡MILAGRO!

Entonces comenzaron a desplomarse descaradamente los kioscos, las casas, los edificios, los postes de la luz, las banderas. Los carros desaparecían tragados por túneles improvisados en medio de las calles. Los fieles agarraban sus rosarios antes de caer presas de un baile de San Vito general que jamaqueaba los cimientos mismos del volcán padre de estas malhadadas ínsulas.

Yo me apresuro a dar fin al insólito relato que me tocó vivir, presionada por el nivel de las aguas. Porque, ante la sonrisa de Mona Lisa de Nuestra Madona, asomada plácidamente a la pantalla del televisor sagrado, el mar arropa la isla entera, mientras del Puerto Rican Trench surge, prieto machete vendettoide, un inmenso chorro de petróleo póstumamente redentor.



Ana Lydia Vega. Nace en Santurce en 1946. fue profesora de francés y literatura caribeña. Posee un bachillerato en Francés del **Recinto de Río Piedras de la UPR**, y una licenciatura en Letras Modernas de la **Université Paul Valery** en Montpellier, Francia. Asimismo, posee una maestría en literatura francesa y un doctorado en literatura comparada, ambos títulos de la **Université de Provence**, en Francia. Entre sus libros de ficción se destacan *Vírgenes y mártires* (1982) escrito en conjunto con Carmen Lugo Filippi, su compañera de aventuras y amiga. Este libro de cuentos explora el espacio

feminista en el texto colonial y machista puertorriqueño. Luego, aparece *Encancaranublado* y otros cuentos de naufragio (1983), el cual recibió un premio en el Certamen de la **Casa de Las Américas**. En esta obra, la alegoría, la escritura ensayística, el discurso espiritualista, el monólogo, la leyenda y las batallas carnavalescas, invaden el espacio restringido de los cuentos que nos lleva a una reflexión sobre los conflictos del mundo caribeño y su soñada unidad. Su tercer libro, *Pasión de historia y otras historias de pasión* (1987), recibió el premio **Juan Rulfo** Internacional de París. Entre sus otras producciones literarias se encuentran: *Esperando a Loló* y otros delirios generacionales (1994), *Falsas crónicas del sur* (1991); así como *El tramo ancla: ensayos puertorriqueños de hoy* (1988).

También, tiene varios títulos especializados en el área de la educación, tales como *El machete de Ogún: las luchas de los esclavos en el Puerto Rico del siglo XIX* (1989) en colaboración con Lydia Milagros González, Guillermo Baralt y Carlos Collazo. Además, escribió *Espagnol/Francais: quelques difficultés de traduction* (1986) y el famoso manual para la enseñanza de francés a los estudiantes hispanoparlantes, *Le Francais Vécú* (El francés vivido)(1981), en colaboración con los profesores Robert Villanúa, Carmen Lugo Filippi y Ruth Hernández Torres.

LA TORRE DE BABEL

ÁNGEL M. ENCARNACIÓN (1979)



Hay que considerar al artista como un nuevo constructor de la torre de Babel.

[Hans] J[urgen] B[aden]

Literatura y conversión {1969}

La mujer conduce al grupo de escritores, expertos en cibernética, e ingenieros nucleares que llegaron hoy a la editorial de la planta. —La guerra contra los géneros literarios, convencionales ha comenzado señores...

Inmediatamente los, hombres y mujeres se estremecieron y la invadieron con preguntas de literatura y arte en general. Pero definitivamente la mujer tenía la precisión que se encuentra en el libro, el cálculo de una máquina, el juicio de un sabio, y el tacto de un proceso destilado en las letras. Para el día de

hoy se ha augurado después de siglos, la debacle definitiva, la destrucción omnipotente, el armagedón de la literatura. —De hoy en adelante la literatura no será más que un arte primitivo. El hombre moderno verá la letra como expresión similar a la que nuestros antepasados hallaron en Altamira. —Para eso venimos aquí, para tener el gusto de conocer una mujer pedante y neurótica.

Dijo un crítico de teatro. Pero el comportamiento de la mujer era como el de un soneto que no exige nada del exterior ajeno a sus catorce versos. —Yo sé bien que la letra es el reino de la pobreza, que es la micción del arte, porque el conocimiento todo, se lo engulle la ciencia, la reina del saber; la ciencia, mi madre. Será esplendoroso el chasco que todos se llevarán cuando vean mi suprema creación, mi hija, ella, y yo seremos el golpe grande al siglo y al saber. Mírenla. Que la vean y la disfruten, es sólo el crítico literario más perfecto ele la universalidad: la Crt-II-lit. Su centro modular es una cajita de minúsculos transistores. Más de cinco millones de cómputos en cintas micromagnetofónicas. Por ejemplo, esta cinta de cuatro pulgadas de largo tiene 5,000 datos concentrados que se amplían a una imagen de 3.5×10^{15} en esta pantalla. Sus datos incluyen todas las lenguas modernas desde la caída del imperio romano; las lenguas más importantes (para nosotros) de la antigüedad. Todos los escritores, sus filósofos, sus gramáticos, sus obras. Todas las técnicas utilizadas, los procedimientos métricos, las revoluciones sintácticas, los sistemas expresivos, las ecuaciones programáticas de sus estilos, opiniones de lo bueno, lo malo, las bibliotecas del

mundo moderno. Las entrevistas, las cartas, las fotos, fotocopia de cientos de originales, las conferencias. La Crt-II no solamente tiene dichos datos, sino que domina un centro campo de memoria progresiva que va archivando y microfotocopiando constantemente, y su radio de acción no tiene límite, puesto que en un pie de cinta se pueden archivar millones de datos. Ahora, no solamente la Crt-II tiene este maravilloso sistema, sino que posee un reparador automático que procesa los nuevos sistemas posibles de inducción biónica para ahorrar energía, sus baterías se cargan por energía solar.

Sí; pero no suponga usted que la Crt-II es simplemente datos. Juzga las obras literarias. Las obras publicadas en la actualidad ya han pasado por su memoria porque incluso, posee un radar por satélite con una estación en órbita terrestre registrando teletipos, radiales, noticieros, filmes, imprentas y editoriales a miles por segundo con una programadora selectiva exclusivamente para confecciones literarias. Así que todo antecedente de una obra conocida existe en su cerebro. Hasta la más mínima reseña la tiene registrada. Junto a ello nos brinda una bibliografía. Tiene las condiciones sociales, políticas y económicas del lugar de la obra. Puede decir con exactitud las obras que el autor conoce, incluyendo cine y teatro; los defectos gramaticales, los conocimientos técnicos, los procedimientos estilísticos, la semiótica y la mecánica fónica para entablar un juicio. Su juicio será integral, conforme a las más diversas escuelas críticas. En caso de que tome un manuscrito puede decir de dónde proviene el autor, solo microfilma el original y computa el texto, además dice la edad y de qué cojea la obra dentro de las propias posibilidades que la obra se exige, al más mínimo detalle. Su capacidad estética es tal que en una fracción de 10^{25} seg. revisa todas las corrientes y modas del mundo. Puede hacer juicios parciales si se le piden, aunque la conciencia ética programada hace que expida conjuntamente su opinión completa. Puede decir los idiomas que el autor conoce, los viajes que ha hecho, su estatus social, su condición mental, su nivel sexual, su peso, su estatura, su conducta, su moral, su nivel de vida. En este mismo momento en que hemos estado hablando lleva registrados los datos de las últimas tres horas universales. Puede decir los días y las horas de los días en que fue escrita la obra, las horas o meses pasados entre cada oración, cada párrafo, cada página, cada parte, cada tema, y la forma y el por qué se le ocurrió al autor. Cuando emite juicio indica qué cosas pueden atraer a los seres humanos que la lean. Además de eso, hace traducciones a los idiomas que le pidan; ella por su parte puede hacerlas a aquellas lenguas en que la obra tenga posibilidad de ser acogida. El por ciento de error es casi nulo, 1 por 5.2568×10^{75} datos emitidos. Analiza libros de texto, ficción, ensayo, filosofía, poesía, drama, epístola, diario, exegética, ética, filosofía, semántica, fonética, gramática, lexicografía, etc.

Con las demostraciones no hubo más que añadir; por unos minutos los hombres continuaban envueltos en sí mismos.

—Solamente falta que esa máquina escriba.

—Señores, la Crt-II tiene un piloto Esc III. Esc III está programado de modo que conozca y domine en igual proporción los factores intelectuales de los considerados genios de este siglo.

—Sí; ¿y qué?, necesita...

Necesita alma; ya lo creo, mas el proceso del cerebro se ha programado haciendo, una inversión molecular y una composición con varios cerebros humanos que fueron mantenidos vivos después de que sus dueños perdieron los demás órganos vitales, estaban, por ello, declarados muertos... Y eso es la Esc III, una creación tan perfecta que tiene la

imperfección humana. Su piel plástico-sintética es una vez más muelle que la piel regular del epitelio humano puesto que se compone de un 70 % de la piel real. Su independencia con respecto a las máquinas es absoluta, solamente depende de sus cálculos. Sin darles más datos, es emocionalmente capaz; ama, ríe, sufre.

— ¡Pero eso es un monstruo!

—Es una creación satánica.

—Señores, la Esc III es el eslabón cibernético, el homo ciber. Recientemente se ha experimentado una máquina creada totalmente por el hombre. Se llama Xímax-I.

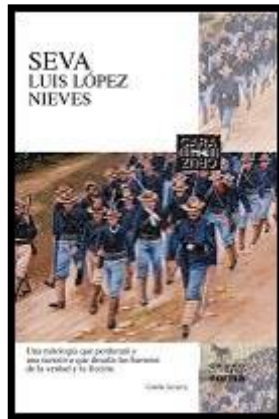
Todos miraron la identificación de la mujer sobre su atractivo pecho.

Tomado de Ángel M. Encarnación, *Cuaderno de juglaría*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1979.

Ángel M. Encarnación Rivera es autor de artículos, cuentos y poemas en español y portugués. Ha publicado dos novelas, un libro de cuentos y un estudio sobre el Cancionero I de Francisco Matos Paoli.

Ucronías y un paralelo entre el fenómeno *Seva* y el *Código Da Vinci*

Yolanda Arroyo



El ser humano es quien inventa la ficción para escapar de su confinamiento de una realidad existente no deseada. La ficción puebla de fantasmas y quimeras el vacío existencial, traslada al hombre y a la mujer en su tiempo y su espacio sin que éstos dejen de ser quienes son.

-Consuelo Martínez Justiniano

Nunca olvidaré la primera vez que me encontré con la definición del término “Ucronía”. Supe ese día precisamente que la literatura, a la que tanto afecto le he tomado a lo largo de toda mi vida, ahora tomaría aún más valor en mi existencia. Un artículo de Gilberto Quintero Ramírez que me devoré menciona que así como utopía es lo que no existe en ningún lugar, ucronía es lo que no existe en ningún tiempo. ¡Vaya paradoja! Entonces me pregunté, “¿la ficción que nutre a la literatura, es, por ende, toda ella una ucronía?”

La realidad es que no. Descubrí más adelante intentando aclarar mis dudas sobre el particular entre algunos escritores, que en si una ucronía es la parte de la literatura que especula sobre mundos alternativos en los cuales los hechos históricos se han desarrollado de diferente forma de como los conocemos. Este término fue acuñado por Charles Rounivier en el siglo XIX en su obra *L'utopie dans l'histoire*, según me enterara en el Internet, como también averigüé que se citaban las siguientes obras representativas de ucronías en la ciencia-ficción: *El hombre en el castillo* de Philip K. Dick, en la cual se narra cómo el eje ha ganado la guerra. *Pavana* de Keith Roberts, una sociedad inglesa regida por la Iglesia Católica y la Inquisición. *Lo que el tiempo se llevó* de Ward Moore, en la cual el Sur ha ganado la Guerra a la Unión y recientemente *Antihielo* de Stephen Baxter, en la que el descubrimiento del antihielo, una sustancia extraña, hace avanzar la tecnología del siglo XIX. Yo entonces me dije: ¡Carajo! “Seva”, el famoso y controversial cuento de Luis López Nieves, es por lo tanto, el mejor exponente de la literatura ucrónica de Puerto Rico.

“La verdad de las mentiras” ha llamado Vargas Llosa a su última incursión en la crítica literaria y no puedo más que pensar en el término ucronía mientras me detengo en ese título, porque sin duda de eso se trata, de hacer de una verdad una mentira, con la excelencia onírica de la buena narrativa. “Una narrativa que desafía las barreras entre la verdad y la ficción” ha mencionado alguna vez la Dra. Estelle Irizarry sobre *Seva*; una “leyenda polémica de la verdad con su mentira” ha dicho Armas

Marcelo. Y así como lo indicara la Dra. Carmen A. Sierra, de la Universidad de Madrid, “Seva surge del vacío histórico de nuestro pueblo.” Fue creada a partir de un hecho histórico que llenaba de inconformidad a un sector dentro del cual se identificaba el autor, por lo que se dio una torcedura a la historia y se creó el relleno en prosa epistolar.

“Cuando se escribe sobre la biografía de un pueblo, la historia de éste es también la de sus deseos”, se expresó mi maestra de español en la Universidad de Puerto Rico, la Dra. Áurea María Sotomayor, cuando escribía para *El Mundo*. Entonces no puedo más que concluir que “Seva” es la ucronía hecha cuento puertorriqueño.

Adicionalmente, leyendo la novela *El código Da Vinci*, de Dan Brown, convertido en controvertible *best seller*, no he podido más que pensar que ésta sigue la misma línea de utopías de tiempo tan fuerte que hasta existe un segmento social que la ha adoptado como verdad ineludible o hecho infalible. En ella, “un conservador del museo del Louvre es asesinado, pero antes de morir consigue dejar unas pistas a su nieta y un investigador americano, descubriéndose que él formaba parte de una antigua sociedad secreta llamada El Priorato de Sión. Este secreto supone una amenaza para la concepción presente de la humanidad. Lógicamente, la Iglesia católica se habría esforzado durante estos últimos dos mil años en proteger tal secreto”. El argumento de esta novela se basa en afirmar que Jesús estuvo casado con María Magdalena, con la que tuvo una hija. Este hecho habría sido supuestamente silenciado por la Iglesia a lo largo de los siglos, mediante asesinatos y guerras. La hipótesis ha sido seguida por muchos detractores del cristianismo que parecen encontrar más fiable esta “novelilla” que siglos de investigación bíblica.

Sin embargo, si no nos alejamos demasiado, recordaremos cómo “Seva” también en su momento fue aceptada por muchos como historicidad develada y realidad forzosa aunque en muchísimas ocasiones el propio autor explicara su versión sobre que era ficción. De ello se ha escrito: “Cuando el semanario *Claridad* se vio obligado a insistir en la aclaratoria hecha en la edición original de que aquel dossier era una obra de ficción, nadie quiso creerle ni al semanario ni al propio López Nieves. En programas de televisión, en cartas a la prensa, en entrevistas, López Nieves explicó hasta el cansancio cómo había concebido escribir una epopeya fundacional del orgullo patrio, y mientras lo hacía se apoderó de él una invencible depresión que sólo pudo conjurar urdiendo una ficción que narrase un hecho de armas que jamás tuvo lugar. (...) Puerto Rico en pleno decidió que, a despecho de las protestas del autor, los sucesos de “Seva” sí habían ocurrido realmente. Todavía en 1985 las calles de San Juan y los muros de Roosevelt Roads amanecían cubiertos de airados graffiti: “¡Seva vive!”.”

Curioso darse cuenta que también Brown se ha pasado el resto de su campaña publicitaria haciendo exactamente lo mismo; aclarando que *El Código* es de su invención y que nada de cierto hay en él, aunque muchos consideran que lo hace por miedo a los tentáculos invisibles de la Iglesia y el Opus Dei, paralelamente el mismo pensar que se conjeturó sobre López Nieves y los supuestos brazos incorpóreos del gobierno federal de la época.

De “Seva” se ha dicho tanto y casi todo controversial. Desde que había causado una gran conmoción y una terrible alarma, según lo expresado por algunos medios como *Claridad* y WPAB Radio, hasta que era la provocadora directa de enormes problemas y la causante de una de las mayores polémicas históricas, políticas y sociales de los últimos tiempos en Puerto Rico.

Lo mismo que se ha dicho de Brown de que sus “excéntricas presunciones se mezclan con hechos e investigaciones chapuceras”, o que “los errores, las invenciones, las tergiversaciones y los simples bulos abundan” también se dijo en su momento de “Seva”. En una airada manifestación llevada a cabo por el profesor Adolfo Jiménez en el periódico *El Reportero*, éste tilda la creación literaria de López Nieves como de “desafortunada”, “patraña fantástica y pseudoliteraria”, “engañifa con visos

de investigación histórica y que es a la postre una burla y una falta de respeto al lector”. Otros han reprobado al cuento llamándolo “engaño imperdonable”. Mario Alegre Barrios mencionó para las fechas en que se descubrió lo de “Seva”, algo así como que para “Luis López Nieves la Historia no existe o que, en el mejor de los casos, es un invento tan plural como personas hay dispuestas a escribirla”.

Considero entonces que existe un peculiar paralelo entre las creaciones de Dan Brown y Luis López Nieves a la hora de habernos expuestos *Seva* y *El Código Da Vinci* respectivamente: la bien llamada “capacidad de sugestión de la literatura” se ha probado en ambas. La primera vez que leí sobre esta frase tan definitoria fue cuando la obra "Seva" fue propiamente aclamada hace unos años mientras Carmen Dolores Trelles de *El Nuevo Día* se manifestaba de ese modo sobre la misma.

Para aquellos tiempos en que “Seva” se declaró fenómeno, Consuelo Martínez Justiniano había mencionado también: “Durante mucho tiempo se ha diferenciado y separado la ficción de la historia. La ficción se ha definido como la invención que deja rezagada a la realidad para ponerse a la altura de los sueños; para crear un mundo ideal. (...) existe cierta imposibilidad para separar ambas realidades cuando se trata la ficción y la historia como elemento literario”. Mi elocución se basa en que es precisamente ese elemento literario en “Seva” lo que lo convierte en ucronía de la buena.

Referencias

- Artículo: "*El código Da Vinci*: libro oportunista y pueril". Por Rafael Carbona.
- "La realidad histórica que deforma *El código Da Vinci*". (Publicado en e-cristians)
- www.e-cristians.com
- "De una invasión apócrifa", Ibsen Martínez, El Universal, Venezuela, 31 mayo 1998, y en internet: noticias.eluniversal.com/1998/05/31/31LIBROS1.shtml
- "Seva: De la victoria heroica a la epopeya literaria", Consuelo Martínez Justiniano, Anales: Revista de Cultura, Año XV, Núm. XV, 1995-1996, pp.225-231.
- "Verdad y mentira en los cuentos de López Nieves", Wanda Cosme, Diálogo, agosto 2000, p.41.



Yolanda Arroyo. Escritora y docente puertorriqueña (Guaynabo, 1970). Es instructora educativa de tecnología en la Universidad del Turabo. Ha escrito ensayos para la página de literatura *Ciudad Seva* y columnas para los periódicos *El Vocero* y *La Expresión*. Es autora de un libro de cuentos, *Origami de letras*, y una novela, *Los documentados*, ganadora de una mención de honor en los premios del Pen Club de Puerto Rico a la mejor novela publicada en 2005.

Memorias inconclusas de *Encerrado*

Bruno Soreno



Sin cesar, el terror se renueva con la vejez que avanza. Incesantemente nos devuelve al origen. El origen que atisbo al borde de la tumba es el cerdo que hay en mí, ese cerdo que ni la muerte ni el oprobio son capaces de asesinar. El terror al borde de la tumba es divino, y me sumerjo en el terror, de quién soy hijo.

Georges Bataille, **Mi madre**

Decir mil noches es decir infinitas noches, las muchas noches, las innumerables noches. Decir "mil y una noches" es agregar una al infinito.

Jorge Luis Borges, **Siete noches**

Encerrado. Drug City, Dirt City, Dusk City, Drag City, Dog City, Dust City, Dawn City Dick City, Dark City. El carro detenido, las ruedas girando locas en retroceso sobre el pavimento rasgado en movimiento, la carretera sinuosa, el polvo, las faunas famélicas, los arboles grises y agotados, los postes del alumbrado inútiles, las flechas de dirección mentirosas y los letreros indicadores de distancia fútiles (Drug City, 28; Dirt City, 31; Dusk City, 133, Drag City, 12), el universo entero y gris y entrópico viajando vertiginosamente hacia atrás. Dniwer City. Encerrado, alejándose, reflejándose en el espejo retrovisor, es la mentira. El espejo retrovisor es un reflejo de Encerrado.

Drag City, asiento trasero del carro: La Pata le aplicaba un bloullob fenomenal al miembro flácido del Cuajo, que dormía roncando como una bestia. Abre los ojos, de súbito, El Cuajo, grandes. Mira hacia ambos lados del cuadrante, asombrado, el falo se erige en una erección instantánea, se viene, vuelve a su estado de flaccidez, cierra los ojos El Cuajo, ronca, todo en el mismo segundo. La Pata traga duro, se relame los belfos, se duerme la cabeza de La Pata en el regazo del Cuajo, sobre el falo blando, que practica esporádicamente alguna palpitación ocasional. El Pelú, al volante, escupe el cigarrillo por la ventana abalanzándolo al aire en movimiento de Encerrado. Yo fumo aún, en el asiento del pasajero, y leo, absorto en las páginas de un libro flaco y azul, de derecha a izquierda, partiendo de la contraportada intentando llegar al límite, al origen, a la promesa imaginaria de Encerrado.

Buscábamos al Maestro de Ceremonias.

El humo de mi cigarrillo quieto, yo bajando vertiginosamente, con ímpetu gravitacional hacia el abismo de la superficie. Las páginas del libro ciegas, quietas, mis ojos viajando raudos en un viaje, en retroceso Las noches de Encerrado son cosas verticales y las estrellas parecen alejarse infinitamente de uno hacia arriba, pero no es verdad. Es uno quién cae sin fondo hacia el fondo, hacia siempre Encerrado

No fue saliendo de Do City, estoy seguro, que atropellamos al perro a 87 millas por hora o a la mujer. La hitchhiker fue luego. Voló por los aires head over heels igualito que el amor como 75 pies por segundo en un segundo, bien duro. Cuando tocó suelo tembló la tierra. Detuvimos el mundo y fuimos a ver. Todo un asco. Como ya tenía ganas, oriné sobre el cuerpo espantado en cantos. Fue solamente por variar que yo lo hice, yo siempre me meo encima y no me importa, los otros me joden, pero yo no hago caso. El mundo será Tlon, y como El Cuajo se había quedado roncando como un cerdo en el asiento trasero del carro, pues se lo perdió. Nos montamos en el carro. No chillamos goma, y la carretera y el mundo recomenzaron el movimiento vertiginoso en retroceso.

No es verdad que no haya salida de Encerrado. Si uno supiera la frontera, el fin del territorio mustio, del suelo duro, del viento recio raspándole las sienas a uno y masticándole el alma a uno y las entrañas, uno podría salir. Si uno quiere.

Dark City. Iluminada por incendios lejanos, en llamas los arbustos podados en formas de bestias domésticas. Fuimos a la librería y allí estaba yo o algo muy similar a mí leyendo las Obras Completas de Poe. Me pegué el tiro en la sien, saqueamos la librería y nos largamos. El mundo volvió a correr y El Cuajo, como siempre.

Encerrado es un país de hierro, ancho y profundo. Grande es el territorio que abarca . Son grandes sus llanuras y sus lagos. Grandes son su cielo y la tierra debajo de los cielos, y sangra.

Al bom le pegamos fuego en Dust City, en la plaza. Ya El Cuajo estaba dormido y se lo perdió. Estaba loco como un chivo, el bom, y gritaba a galillo pelado. Yo estaba leyendo y me estorbaban sus gritos en los oídos, los míos, los del bom, los gritos. Hice un gesto desganado de disgusto, como cuando le revuelven a uno el pelo en demasía o cae la noche. El Pelú

:se percató

: se levantó del banco en el que analizaba los libros

:fue al carro

:sacó una soga del baúl

:se acercó al bom

:lo jamaqueó un poco

:lo llevó al árbol grande

:lo amarró

:lo abofeteó un poco

:silbó.

El bom, por su parte
 /se meó
 /se sacudió
 /habló malo
 /alzó la mano derecha a lá neonatzi
 /refunfuñó
 /se cagó
 /jeringozó incoherencias
 /palpitó como un sapo asfixiado
 /se estremeció
 /se acordó de la fórmula de Einstein
 /farfulló imprudencias
 /tarareó un bolero de Sylvia Rexach
 /tiró pedos
 /mencionó al Maestro de Ceremonias

Yo levanté los ojos del libro. Hubo viento. Me salí del carro, caminé hasta donde estaban el amarrado y el desamarrado amarrador y le hablé al primero.

"¿Qué?", Le pregunté.

"En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. ¡Loado sea Dios, Señor de los Mundos! ¡La bendición y la salud descieran sobre el señor de los enviados, nuestro amo y dueño, Mahoma, y sobre sus familiares y compañeros; descieran incesantes, continuamente, hasta el día del juicio!", me respondió.

Lo bañamos de gasolina. Metí mi mano en el bolsillo derecho. En el izquierdo estaban los cigarrillos.

He conocido las gentes, las geografías, los climas de Encerrado. He visto litorales, tundras, acantilados vociferantes, centros comerciales, tornados arrasando con casas y con ganado vacuno, luces de neón algunas noches y otras auroras boreales, que son lo mismo. He detectado el golpe seco de los desiertos y el hielo de las antípodas en la piel, la mía, el hielo, el de Encerrado. He detectado el fuego. He provocado el fuego. He sido el fuego. He hablado con gentes. En taparrabos los he visto. Con uniformes bélicos y túnicas religiosas los ha captado mi mirada. Han ido y los he visto en vistosos bikinis, luciendo turbantes y en camellos rubios los he presenciado. En trajes de oficina, de noche, de baño, de novia, de Eva, en mortajas en yamulkas, en pavas. A algunos he matado, a otros he saludado con cortesía. He interrogado a otros, torturado aún a algunos otros, violado o acariciado tiernamente a algunos o a otros y nunca he amado a ninguno.

A la hitchiker no la atropellamos. La subimos al carro, le preguntamos las preguntas de rigor, la carretera se detuvo al borde del carro y la violamos. La Pata fue la primera, y a la hitchiker le gustó. El Pelú tiró segundo, y la desesperó. Yo lancé último, y la hitchiker me odió. El Pelú fue por el hacha y la despedazó. El Cuajo estaba dormido y otra vez se lo perdió.

No es nada peculiar el olor constante de Encerrado. Simplemente hay un trasunto de fragancia a final de página, a promesa casi a punto de cumplirse, a corazón anunciando su próximo y último. Como una guerra, que se cierra pero que nunca termina, es Encerrado. Y huelen las balas.

Por fin, y cuando ya habíamos decidido largarnos de Encerrado dimos con el Maestro de Ceremonias. Fue en Dawn City. No mintió el bom, allí estaba muy sentadito en la barra Aquí me quedo, leyendo The Book of Thousand Nights and One Night, traducción de Burton. El Cuajo dormía. Por única vez enternecido, incrédulo de tenerlo al fin ante mis ojos después de tantas noches, le pregunté: "¿En cual de todas las noches es que habitas, Maestro?". "En la milésima primera noche, hijo. Han hecho bien, este cuento tendrá un final feliz.", me respondió. Le entregué el tomo con la página marcada, atestado de alegría y de alivio, sintiendo algo parecido a la redención, loco por irme,

al fin. Estoy casi seguro de que al fin sentía lo mismo. Leía sonreído, alegre, ansioso. Una lágrima le bajo del ojo a la mejilla al cuello al corazón justo cuando leyó la última palabra. Era *TheThousand-and-Second Tale of Scheherazade*, de Poe. El Pelú haló el gatillo, pero lo hirió. Yo disparé después.

Salimos de Dusk City al amanecer. No fue difícil escapar a las patrullas y a los albatros que nos perseguían intentando colgarse a nuestros cuellos, dada la rapidez del mundo. Letrero, en movimiento perpetuo hacia nosotros, hacia atrás, hacia el tiempo: Drag City, 12.

El Cuajo se despertó con los ojos grandes y peludos, miro a ambos lados del cuadrante y preguntó: "Are we there yet?" Cerró los ojos, roncó. La Pata le bajó el zipper. Agachó su cabeza, la de la Pata, sobre su regazo, el del Cuajo.

Buscamos al Maestro de Ceremonias.

Bruno Soreno: Escritor puertorriqueño (1970). Estudió filosofía y literatura comparada en la Universidad de Puerto Rico. Actualmente trabaja como "freelance writer" en Nueva York. Ha publicado narrativa en diversas revistas puertorriqueñas (*Postdata*, *Nómada*) y en Internet (*Letralia*). Un texto suyo aparece en la *Antología del cuento latinoamericano del siglo XXI* (México, 1997).

HISTORIA DE UN DIÁLOGO INÚTIL

Pedro Cabiya (1999)

Un caballero entró en el café atestado. Con gran desasosiego se resignó a compartir la mesa que un solitario caballero ocupaba al borde de la plazoleta. El solitario caballero no presentó ningún inconveniente y el caballero se sentó. Y he aquí que ambos caballeros bebían y leían el periódico sin mirarse ni dirigirse una palabra. Pero el caballero tuvo escrúpulos de estar allí sentado sin darle conversación al solitario caballero. En realidad le agradaba estar así, en paz, leyendo su diario y saboreando su café, pero la presencia de otra persona en la misma mesa imponía un silencio molesto, un silencio indeciso, un silencio balanceado, un silencio en vilo que manchaba la serenidad con que leería la prensa y gustaría su café si estuviera solo; pensaba que el solitario caballero pensaba que sería cortés proponer un tema. Entonces vio en el periódico la reseña de un novedoso espectáculo: un hombre, merced a sus poderes hipnóticos, hacía que las personas ladrasen como perros, mayasen como gatos, silbasen como peces o se estuvieran tan tiesos como varas de ausubo. El artículo añadía que este hombre mostraba tener también un probado dote telepática, es decir, que leía los pensamientos. El caballero lo consideró todo una farsa y decidió comunicar su escepticismo al solitario caballero, que ocultaba su rostro tras el periódico.

—No sé cómo piense usted, pero yo...

—Yo tampoco creo en la telepatía— lo interrumpió el solitario caballero, sin asomarse.

Tomado de Pedro Cabiya. *Historias tremendas*. San Juan / Santo Domingo: Isla Negra, 1999.



Pedro Cabiya (1971, San Juan, Puerto Rico). Sus cuentos han aparecido en prestigiosas revistas y antologías nacionales e internacionales. Es autor de los libros *Historias tremendas*, *Historias atroces*, y de la novela gráfica *Ánima sola*; publicaciones que han alcanzado la categoría de objetos de culto. Su novela *La cabeza* promete reafirmar esa trayectoria. En 2005, Pedro Cabiya fue finalista para la posición Sor Juana Inés de la Cruz Writer-in-Residence, en DePaul University. Vive en Santo Domingo y San Juan.

EL “TERMINATOR” BORICUA

José E. Santos



Ernesto y Arturo Lugo nunca zanjaban sus diferencias. Los hermanos se conocían demasiado bien, y por lo mismo, como si amaran toda paradoja, se querían incondicionalmente. Fuera por su proceder en un partido de baloncesto cuando niños, o por las consecuencias de tal o cual hecho en la historia insular, o por su reprobación a la elección momentánea de novia de alguno de ellos discutían ferozmente. Ahora a sus ciento un años de edad (cincuenta y uno Ernesto y cincuenta Arturo, por supuesto) su vida se coronaba de la dicha de quienes han logrado sentir que su vida ha valido algo. Ernesto era ya el vicepresidente de un laboratorio afamado localizado en la antigua Ensenada y enseñaba Física en el Recinto de Mayagüez de la Universidad. Arturo enseñaba Humanidades, y había publicado una decena de libros de tema histórico y cultural. Ambos eran el orgullo de su familia, bien que la misma se quejaba de que siempre tuvieran que reñir tan encarecidamente.

—Resígnate y celebra conmigo que ya no hay vuelta atrás—decía Ernesto mientras sonreía a cántaros. Los hermanos iban de camino al laboratorio de Ernesto, pedido poco usual de Arturo en una tarde hermosa y soleada.

—Morir prefiero antes que resignarme —contestaba despacio Arturo.

—No eres sensato y te vas a amargar. Piensa en todo el bien que has hecho por los estudiantes y reconoce que esa es tu vocación no importa lo que pase. La vida es así y nada va a cambiarlo. Mientras más pronto lo aceptes más pronto te recuperarás. ¿Y para qué querías que te llevara al laboratorio? Mira que día regio, deberíamos ir a Joyuda o a Boquerón, o al menos a la Parguera que nos queda en el camino.

—Cállate ya y habla de otra cosa.

—Bueno, es que me tiene intrigado el paquete que pusiste en el baúl.

—Ya te enterarás. Sigue guiando.

Más que malestar era ansiedad lo que sentía Arturo. Deseaba llegar de una vez al laboratorio de Ernesto, donde podría echar a andar el plan urgente que había decidido adoptar como suyo. Algunos meses atrás apareció en la biblioteca de su casa un objeto peculiar. Tenía la forma de una ametralladora prolongada o un rifle oblongo o algo así. Venía acompañado de una nota que leía en inglés "Use the gun, you will know what to do when the time comes, and it will come soon. Change things way back then. Put the small cylinder in the machine and you will get there. The machine has been confiscated in our time." Envuelto en la nota venía un cilindro que aparentaba ser de diamante o de algún tipo de cristal. Al final de la nota firmaba un tal "The Last One" y seguía una fecha, "2198", y el dibujo de la bandera de la Revolución de Lares. Arturo, después de algunas semanas comprendió que se trataba de un mensaje, de un pedido de auxilio, y por esto se le iba la calma, se le iba la vida. Alguien desde exactamente un siglo en el futuro le advertía de lo que pasaría en la Isla, ahora que la suerte estaba echada.

Ernesto estacionaba ya su *Cadillac* pseudo-levitante del 2095.

—Llegamos. Ahora di a donde quieres que vayamos.

—Vamos a la máquina, que vas a hacer un experimento de primera.

—No me jodas Arturo. Sabes bien que la máquina no es para juegos y que todavía está en una etapa experimental.

La famosa máquina era simplemente la primera máquina para viajar en el tiempo. Ernesto, genial científico, había contribuido a su creación, por lo que contaba con uno de los prototipos del proyecto. Ha de aclararse que de hecho, su modelo era el mejor de los que se habían construido.

—¿Para qué coños quieres usar la máquina?

—¿Prometes que me escucharás?

—Acaba y dime.

Se habían sentado en la antesala que daba al cuarto donde estaba la máquina. Ernesto palidecía ante lo que le parecía una locura de Arturo. Muchas veces se habían enfrascado en discusiones que rayaban en la violencia. Su firme sentido de lealtad a la sangre, a la crianza, a sonreír y reconocer la integridad de cada cual era lo que siempre resolvía el pleito a favor de ambos. Ernesto escucharía. Nunca su hermano había sugerido una locura, aunque deseara Ernesto en el fondo que se equivocase.

—¿Recuerdas hace un tiempo que me llamaste y no quise atender tu llamada por mucho tiempo?

—Claro, todavía me pregunto qué habrá sido todo aquello.

—Pues esa tarde cuando llegaba a casa escuché un ruido que venía de la biblioteca, y cuando entré en ella esto fue lo que vi.

Arturo abrió el paquete, y sacó de entre varios objetos el rifle oblongo y extraño.

—¿Y eso?

—Tú me podrás decir mejor que eres el experto, pero me imagino que es algún rifle láser o algo así. Apareció de la nada junto con una nota que daba a entender que venía del futuro, de un momento en que tu máquina ya será algo común o al menos desarrollado.

Ernesto lo tomó. Abrió el cuarto de pruebas y puso unos cilindros de metal en una cabina experimental. Disparó el arma y vio como se desintegraban los objetos.

—Es un láser que desintegra. Es un arma excelente, peligrosa en exceso. ¡Dios Santo, es algo de otro mundo Arturo!

—Me lo imaginaba.

—¿Pero por qué te mandan esto a ti?

La discusión tomó el giro que se esperaba. Para Ernesto se aclaraba el sentido de todo aquello. Su hermano sería la única persona capaz de entender el propósito del mensaje, y en esencia, era el único lleno de la voluntad para realizar el pedido extraordinario.

—Hay un problema, Arturo. La máquina, en su estado presente sólo viaja al pasado, y hasta el momento en que ha sido creada.

—Yo sospecho que este objeto deberá corregir esa limitación.

Arturo le dio el cilindro cristalino que acompañó el mensaje y el arma. Ernesto asentía al reconocer a simple vista lo que era todavía una idea que se gestaba en su mente y sus notas.

—¡Formidable! ¡Excelente! ¿No imaginas lo que esto adelanta el proyecto, lo que representa para la ciencia?—, exclamaba emocionado Ernesto, ya casi dando muestras de entusiasmo y deseos de echar a andar el experimento.

—Sí Ernesto, me imagino lo importante que debe ser esto y todo lo que adelantará. Pero representa otra cosa para mí y lo sabes.

—Lo olvidaba, es cierto, lo siento. Sabes que no puedo permitirte, que va en contra de lo que siento, y además eres mi hermano.

—Déjame ir Ernesto. Piensa que este objeto es mi regalo para ti y para tu mundo, para tu futuro, pero bien sabes que no es el futuro que yo quiero.

—Resígnate Arturo. Seremos estado de la Unión dentro de cosa de meses. ¿No puedes sentirte feliz por mí y por los otros que hemos deseado esto por dos siglos ya? Eres valioso, quédate.

—No será mi mundo, Ernesto. No lo podrá ser nunca. Te quiero, hermano, pero ese no podrá ser mi mundo nunca. Regálame el mío.

Ernesto ya veía como el peso de sus emociones lo sumergía en la oscuridad del dilema. Acceder era trastocar tal vez el orden universal. Por otro lado era su hermano, el de las riñas, el de las satisfacciones, el de toda una vida de integridad, amor y lealtad. Lo miró fijamente a los ojos. Suspiró fuertemente, se pasó la manga de la camisa por los ojos para ocultar una lágrima y le sonrió.

—Tal vez no nos volvamos a ver, ¿sabes?

—Tal vez nunca seamos, lo sé. Pero debo hacerlo Ernesto, por lo que más quieras entiéndeme. No me niegues esto.

—Nunca te he fallado Arturo. Ven, entremos. Te voy a regalar un mundo, espero.

—Yo también lo espero.

—A mí no me cabe duda Arturo, lo vas a lograr.

Mientras Ernesto preparaba la máquina, Arturo sacaba del paquete unas granadas, un revolver semiautomático último modelo, y varias cajas de municiones.

—¿Y ese mini-arsenal?

—Nunca se sabe cuándo se van a dañar las cosas, así que lo llevo por si acaso.

Y se rieron a carcajadas juntos por última vez. Al beso en la mejilla siguió un abrazo interminable. Arturo se ubicó en el espacio que le correspondía en la máquina con el arsenal y el rifle oblongo.

—¿A qué hora prefieres llegar Arturo?

—Que sea al atardecer de la víspera. Quiero tener tiempo para pensar, y para recordar.

Ambos se sonrieron. Ernesto marcó la fecha precisa. Se miraron fijamente otra vez. Se sonrieron.

—Dale mis saludos al general Miles—le dijo Ernesto, al pulsar los controles. Y Arturo, agradecido, y con alguna lágrima, alcanzó a contestarle mientras se desvanecía:

—Con gusto, con mucho gusto...

(Tomado de José E. Santos, *Los viajes de Blanco White*. San Juan: callejón, 2007.)



José E. Santos (San Juan, 1963) es un escritor de Puerto Rico y pertenece a la Generación del 80. Estudió en el Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico y en la Brown University (Providence, Rhode Island). Ha trabajado como profesor en Rhodes College en los EE. UU. y en la Universidad del Sagrado Corazón en Santurce. En la actualidad enseña Literatura Española en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Mayagüez. Además de crítico literario (su ámbito de estudio es prevalentemente la literatura española de los siglos XVIII al XX), es un original autor de poesía y prosa y su escritura es representativa de la trayectoria cultural-literaria de su isla. Debutó con el poemario *Pequeño*

cuaderno gris, que salió en 1987, al que siguieron *Crónica de la degustación* (2005), *Después de la espera* (2006) y *Libro de Venecia* (2007); poemas suyos han sido incluidos en la *Antología de la poesía latinoamericana del siglo XXI* (1997) de Julio Ortega. La obra narrativa cuenta con las colecciones de cuentos *Archivo de oscuridades* (2003), *Deleites y miserias* (2006), *Los Viajes de Blanco White* (2007), *Los comentarios* (2008) y *Trinitarias y otros relatos* (2008).

CABEZA CABLEADA

Raúl Soto



Es una noche perfecta; nublada y oscura. La sonrisa torcida de una Luna creciente se asoma furtiva entre los edificios de la ciudad. Media docena de faroles generan islas de luz en la acera oscura, mientras una leve llovizna ayuda a reducir aún más la visibilidad.

Bendigo la lluvia y sonrío... mi blanco estará menos alerta, y yo seré más difícil de ver.

Cruzo la calle, veloz y silencioso como una sombra, y corro hacia una fila de edificios viejos que parecen estar fuera de lugar en este sitio. Mi mundo es verde y negro; los edificios, la calle desierta y el cielo lluvioso componen un concierto monocromático a través de mis gafas de visión nocturna.

Subo rápidamente la escalera de incendios de uno de los edificios desiertos. Me detengo al alcanzar un punto predeterminado en la azotea; apago las gafas y desde arriba examino mis alrededores a través de la mira telescópica de mi rifle. Las luces y sombras, las superficies y reflexiones, los sonidos y hasta los ecos de mis pisadas en la calle desierta —aún la lluvia y los charquitos en la acera— todo luce perfecto, suena perfecto, se siente perfecto. Es increíble.

Me arrastro con lentitud hasta que alcanzo otro punto predeterminado en la azotea del edificio. Cambio las gafas de visión nocturna a visión termal, y mi mundo verde repentinamente se torna negro como la tinta. Ya es hora de acechar a mi presa.

Tomo un bocado de aire nocturno y comienzo mi rutina de control de respiración. El aire estaba fresco y limpio —de hecho, demasiado limpio, sobre todo para una noche supuestamente húmeda—. Me hago una nota mental de hablar con ellos cuando termine aquí...

Examino el área hasta que alcanzo a ver una figura anaranjada-rojiza parada al lado de una puerta entreabierta, en un angosto callejón entre edificios. Vuelvo a cambiar mis gafas a visión nocturna y aumento la magnificación para confirmar la identificación del blanco.

—Idiota ignorante —susurro, mientras observo el punto luminoso del cigarrillo que la figura verde acerca a su cabeza. La silueta oscura del humo que exhala segundos después confirma mi buena suerte. Fumar reducirá aún más su visión nocturna...

Mala suerte, tipo.

Asumo mi posición de disparo... y una vez más, como tantas veces antes, siento ese torrente animal de adrenalina corriendo por mi cuerpo; una excitación hormonal, visceral que hincha mi pecho; una sonrisa involuntaria en mi rostro —matar— que cada vez se pone mejor. Cierro mi ojo dominante y comienzo de nuevo mi rutina de control de respiración, a la vez que aumento gradualmente la presión en el gatillo durante las pausas de exhalación.

Cambio otra vez mis gafas a visión termal. Un diminuto punto de luz roja, enfocada y coherente, aparece en la frente de mi blanco. El fumador nunca nota el láser que lo condena a la muerte.

Aprieto el gatillo directamente con la yema de mi dedo índice. Como un rayo, la bala azota la figura humeante, buscando dentro de su cuerpo el alma —como si tuviera una—. En un abrir y cerrar de ojos, mi blanco cae al suelo en medio de un charco de su propia sangre... una sangre cuyo flujo y consistencia han sido modelados perfectamente usando los más recientes modelos matemáticos de mecánica de fluidos viscosos, una sangre cuya superficie y textura son *kerkytheadas* de manera exquisita por los mejores motores de rendering tridimensional.

MISIÓN CUMPLIDA

Las palabras flotan en el aire como las palabras del ángel en la historia del profeta Daniel. He sido evaluado, pesado, pero, a diferencia del rey de la historia bíblica, no fui hallado en falta.

Junto mis manos palma contra palma y en un instante siento que el mundo a mi alrededor se derrite como un cuadro de Dalí. Luego de unos breves segundos de desorientación me encuentro en el Centro de Adiestramiento, donde los jugadores de todo el planeta nos reunimos para seleccionar misiones, guardar nuestro progreso, o conversar con los Creadores.

Después de guardar esta misión, y darles una lata a los Creadores sobre la calidad virtual del aire virtual en la noche virtual, llamo al Interfaz y selecciono un cuarto de chat. Quiero relajarme y tal vez fanfarronear un rato sobre mi más reciente victoria en Shadow Sniper, el juego de ciberespacio más caliente de la nueva temporada.

Pero entonces lo siento, y peor que nunca antes. El dolor de cabeza. Siempre el cabrón dolor de cabeza. Suelto varias palabrotas, porque quiero quedarme aquí, pero aquel dolor inhumano, atroz y cegador, me recuerda que es hora de regresar al mundo real. A la realidad de carne... A *meatspace*, corrijo. Tengo que desconectarme, ahora mismo, antes de que el dolor se haga insoportable.

—¡SALIR SALIR! —grito, y de inmediato el mundo a mi alrededor se convierte en un denso mar absolutamente oscuro.

Por un tiempo inconcebible siento como si cayera por un pozo oscuro, infinito, hasta que mi cerebro por fin alcanza el estado sobrenatural de paz de la transferencia mental, el proceso de upload/download. Nirvana, lo llamaban muchos.

Y así, mientras mi conciencia regresa gradualmente a mi cuerpo —al de carne— el torrente de adrenalina por fin se aquieta, yo pienso en el ciberespacio.

* * *

—Ciberespacio —susurro en mi mente, casi saboreando los sonidos que componen la palabra, mientras torrentes de terabytes de información fluyen por mis neuronas como heroína por las venas de un adicto. La libertad, sus fronteras abiertas, la fascinante demencia de este mundo surrealista, me sedujeron tiempo atrás. Lo he probado todo en el ciberespacio: juegos basados en operetas de ciencia ficción; simulaciones militares en las que soy soldado o general en mil diferentes países y períodos históricos; sims de fantasía donde mato dragones y rescato doncellas en peligro; y hasta algunos de los nuevos sims eróticos. Una vez entré por curiosidad en un sim japonés para niños. Mi avatar era un niño pequeño, y luego de un rato estaba seguro de que al menos la mitad de los otros 'niños' eran realmente adultos, policías encubiertos y pedófilos. El sólo pensar en eso me hace estremecer de asco.

Esta noche he sido un asesino. El mejor.

El ciberespacio es la culminación de uno de los sueños más viejos de la humanidad: un mundo virtual sin fronteras, donde la gente puede relacionarse sin importar geografía, género, etnia, edades o riqueza. En el ciberespacio puedo ser lo que quiera. Puedo escoger el avatar que me dé la gana — hombre, mujer o marciano; piel negra, blanca o verde—. Es un lugar asombroso donde el alma no carga más con los años del cuerpo, donde la mente puede alcanzar su máximo potencial.

Sólo en el ciberespacio puedo sentirme verdaderamente libre, libre de las preocupaciones ordinarias y del cinismo corrosivo del mundo real. Aquí puedo relacionarme con personas de todo el mundo. Personas inteligentes, interesantes, no atorrantes incultos como mis condenados vecinos. Deseo quedarme aquí, quedarme para siempre, alguien debería inventarse algo...

He tratado de quedarme, desde luego, muchas veces. Hasta que llega el dolor de cabeza...

Un manto de oscuridad envuelve mi mente como una nube de tormenta en el cielo borrascoso. El download va por la mitad; mi conciencia retorna lentamente a mi cuerpo de carne, luego de su viaje astral tecnológico a una realidad virtual que sólo existe como una cadena infinita de ceros y unos, dentro de un cluster de supercomputadoras al otro lado del planeta. O tal vez en órbita. Realmente no sé, ni me importa.

¿Qué es la realidad, después de todo? Me he hecho esa pregunta un millón de veces. Lo que conocemos como realidad no es otra cosa que impulsos eléctricos que entran al cerebro a través de sus órganos sensoriales. En el ciberespacio el cerebro recibe estímulos e impulsos eléctricos directamente. ¿Por qué esta realidad es menos real que la otra? ¿Sólo porque nacimos en la otra? ¿Por qué demonios no podemos escoger?

Por el maldito dolor, me respondo a mí mismo, también por millonésima vez. Siempre el dolor. *Wirehead's Syndrome* —Cabeza 'e Cable, traducción boricua de la calle— era la protesta del cerebro humano contra estos viajes antinaturales hacia un mundo tecnológico más allá de la evolución natural.

* * *

El mundo a mi alrededor se torna gris, y siento la realidad, la de carne, arrojarme como un manto frío. Abro mis ojos y veo un abanico sucio dando vueltas en el techo, vueltas y vueltas en el mismo sitio sin llegar jamás a ninguna parte... ¿Como yo?

Durante unos segundos me siento maravillado por la extraordinaria irrelevancia de ese pensamiento, pero rápidamente lo echo a un lado. Con mucha dificultad logro sentarme en el filo de la cama.

Apoyo mi cuerpo en una mano mientras con la otra palpo la carne alrededor del cable del puerto de ciberespacio que tengo implantado en mi nuca. Mi piel se siente hinchada, enferma.

Luego un par de intentos, finalmente logro desconectar el cable; y desencadeno otro dolor de cabeza, probablemente un diez en la escala de Richter. Aprieto los dientes y me tiro en la cama, gimiendo y retorciéndome hasta que poco a poco el dolor se hace tolerable.

Miro entonces a mi alrededor, a la porqueriza en que se había transformado mi apartamento. Hay DVDs, revistas, memorias USB, libros, papeles y basura regados por todos lados. Media docena de botellas de cerveza vacías cubren una mesa pequeña al lado de mi cama, junto a platos con sobras. La pintura de las paredes y el techo está agrietada y escamosa. Puedo captar una docena de ojos diminutos y sin vida observándome: fotografías polvorientas de familiares olvidados que conservaba por alguna razón, también olvidada. Las ventanas están adornadas con rejas oxidadas, lo que le da al pequeño apartamento la apariencia de una celda de prisión, irónicamente diseñada para mantener a los criminales afuera.

—Cristo, ¿cuánto tiempo estuve afuera esta vez? —me pregunto, asustado. He cogido la costumbre de hablar solo. No es una buena señal. Pero no me atrevo a mirar el reloj... ni el calendario.

El tele está encendido, y el baboseo idiota de un programa de entrevistas y peleas chacharea en el trasfondo. Una canción nueva de reggaeton —alguna pendejada sin sentido sobre matar policías— alborota en la calle a medio millón de decibeles, ahogando los gritos de la vecina que está peleando, como siempre, porque su marido llegó a casa tarde y borracho y apestando a perfume barato de mujer. Las sirenas de la policía le aúllan a la Luna en la distancia.

—La misma mierda de siempre —me digo, otra vez hablando solo. Es sorprendente cómo uno puede con el tiempo acostumbrarse a lo que sea.

Mi estómago, poco cordial y muy inoportuno, trae a mi atención un importante detalle: estoy terriblemente hambriento. Me pongo de pie, aún mareado; es probable que el nivel de glucosa en mi sangre está por el piso. Ignoro mis deprimentes alrededores y me arrastro hasta la cocina, pensando que deben quedar algunos pedazos de pizza de sabe Dios cuándo. Encuentro dos en una caja dentro de la nevera y los devoro. Toso, y mi nariz comienza a sangrar. Otra vez, maldita sea. Decido limpiarme la nariz con mi camiseta.

—Bienvenido a *meatspace*, tipo. El verdadero mundo real...

Me quito la camiseta e intuitivamente me huelo las axilas, y me doy cuenta de que es hora de darme un baño. De camino a la ducha, paso por al lado del espejo del baño. Sin pensar le echo una mirada y, para mi sorpresa, no reconozco el rostro al otro lado del espejo.

—Ese no puedo ser yo... —balbuceo, aún incrédulo—. Dios mío...

El hombre en el espejo es flaco, demasiado flaco. Sus ojos están rojos de fatiga, rodeados por unos horribles círculos negros. Su nariz está embarrada de sangre seca, y su cara exhibe una barba de varios días. La figura en el espejo tiembla ligeramente, y me doy cuenta de inmediato de que no es sólo por la hipoglucemia inducida por el extenso viaje de ciberespacio, ni por estar casi deshidratado.

Me froto los ojos con las manos y miro al espejo una vez más; parte de mí espera que aquella imagen fantasmal se largue, que desaparezca. Pero allí está todavía el rostro espantoso, con su mirada vacía y su expresión de absoluta miseria.

Nos miramos a los ojos, como si compartiéramos un chiste privado, de esos tan viejos que ya nadie se ríe de ellos. Por un instante mis ojos se quedan como pegados al espejo y me sumerjo involuntariamente en una tormenta de emociones humanas mientras mantengo con el tipo del espejo un juego de gallina, retándolo, sí, vamos a ver quién es el cobarde que cede primero...

Luego de unos segundos bajo la vista y me alejo. El tipo ese del espejo... es sólo otra marioneta de carne.

* * *

Luego de tomar una ducha —por lo menos aún tengo agua aunque hace meses que no pago, el sindicato de Acueductos probablemente está otra vez de huelga—, me visto y regreso a la cocina. Abro la nevera casi vacía y confirmo que, tal como testifica solemnemente la colección de soldaditos Heineken muertos en mi cuarto, ya no me queda cerveza.

Un dolor agudo en mi espalda se une al dolor de cabeza palpitante en un dueto de miseria. Un trago de Coca Cola caliente persigue un par de aspirinas por mi garganta hasta llegar a mi estómago.

Se me ocurre la idea de tomarme medio litro de café puertorriqueño, pero desisto luego de darle una mirada a la cafetera asquerosa. Usualmente tengo suficiente cafeína en mi sangre para revivir un muerto; además de treparme casi al filo de la locura, ayuda a mi cerebro a resistir el esfuerzo de navegar el ciberespacio por más tiempo. Eso dicen. Algo me hace sospechar que algún día mi estómago va a reventar por eso.

Además, no me queda leche. Me gusta mi café con leche.

Tendré que salir... afuera.

* * *

El aire caliente y húmedo del Caribe me abofetea con un duro cantazo de realidad en el preciso momento en que abro la puerta para salir de mi apartamento, por primera vez desde sabrá Dios cuándo. Son más de las siete de la noche, pero el débil resplandor del sol poniente me lastima los ojos. Aseguro la puerta del frente con tres candados, y camino con prisa hacia la pequeña cafetería de la esquina. Me han robado muchas veces en esta calle, y quiero regresar a casa antes del oscurecer.

Todavía mareado, me tambaleo por un momento. Mis rodillas me fallan; doy un par de traspiés hasta que puedo sostenerme contra una pared sucia y apestosa, repleta de graffiti y de anuncios políticos de la elección pasada. Pauso un momento para recuperarme y enderezarme; doy una mirada a mi alrededor, al mundo real —*meatspace*, la realidad de carne— y me encuentro sorprendido por un mundo que para mí es cada vez más ajeno.

Las raíces de un árbol viejo han arrancado y levantado grandes pedazos de cemento en la acera. La mayoría de los faroles en la acera están fundidos, y los pocos aún con vida luchan por encender sus luces de mercurio y combatir la pesada oscuridad que avanza como una marea sobre la sucia calle. El aire apesta a pollo frito mezclado con orina de perros, y con el hedor de los borrachos y tecatos que duermen sus sobredosis de heroína al lado de una alcantarilla.

Y según camino por las calles de mi barrio, entre la basura y los perros realengos, entre el mal olor y los matorrales, pienso en lo hambriento que estoy, en cómo demonios esta mierda de sitio puede ser la realidad... y en cuánto tiempo ha pasado desde la última vez en que hablé con otro ser humano, cara a cara.

Mi doctor me ha advertido que tengo que esperar al menos cuarenta y ocho horas antes de regresar a ciberespacio. Según él, mi cerebro ya está jodido por estar demasiado tiempo en línea. Los dolores de cabeza son una advertencia, me ha dicho el tipo. Si sigues así te vas a freír el cerebro... Pero hace tiempo decidí que me importa un carajo lo que el doctor diga, porque en el ciberespacio yo soy importante; no soy otra alma olvidada sin sueños ni futuro, que se ha resbalado y perdido como agua entre los dedos de la sociedad. No, en el ciberespacio yo soy el héroe, el machote, el *mostro*, el caballero y el hechicero, el astronauta y el asesino. Yo soy *alguien*; y si ése es mi vicio, mi adicción, pues que se joda, porque cualquier cosa, *cualquier cosa* es mejor que vivir la vida de una marioneta

de carne. Cualquier cosa es mejor que el dolor de cabeza asesino e insoportable. Cualquier cosa es mejor que ser aquel hombre, aquella sombra de hombre triste y sombría con ojos aterrorizados que me miró desde el otro lado del espejo, reflejando el grito silente de una esencia esclavizada que sólo anhela ser libre.

Pal carajo el mundo real. Es hambre y dolor, y gente que te juzga por lo que ven, y no les importa quién eres en realidad. Está jodido, como un Sistema Operativo corrupto... y la única solución es apagar y volver a empezar... *shutdown* y *reboot*...

Todo lo que deseo, lo único que quiero, es regresar a ese otro mundo, al mundo de infinitos polígonos tridimensionales y de superficies exquisitamente modeladas, donde las calles no apistan a alcohol y a mierda, donde yo soy el depredador y no la presa; donde no tengo que temer que en medio de las calles oscuras me rompan la cabeza, o el corazón. Más que nada quiero sumergirme de nuevo, para siempre, en la tecnohechicería que conecta mi cerebro con el mundo entero mientras me desconecta de la humanidad; en esa maravilla del ingenio humano que une mi mente con millones de otras aunque me divorcie de mi propia alma.

* * *

Es una noche espantosa; nublada y oscura. La mueca retorcida de una luna menguante afea el cielo del anochecer. Una llovizna ligera y melancólica deposita charcos y fango en la calle. No lo veo venir... hasta que repentinamente siento el dolor de un fuerte golpe en la parte de atrás de mi cabeza, y caigo de bruces en la acera.

* * *

Luego de unos minutos de desorientación, me encuentro tirado en la acera. Mi cara está húmeda y caliente, y sé que es gracias a mi propia sangre. Con un golpe certero en mi cabeza el tecato —sólo un niño en realidad, probablemente de la mitad de mi tamaño— me ha dejado inconsciente, me ha robado el poco dinero que tenía en el bolsillo y ha desaparecido en el anonimato de una oscuridad que avanzaba inexorable.

Hambriento y herido, me levanto con dificultad y me arrastro de regreso a mi apartamento con un solo pensamiento en mi mente:

Shutdown y reboot...

* * *

Mi apartamento se siente más solitario que nunca, pero no me importa. Confronto las miradas silenciosas de los rostros sin nombre, eternamente observando y frunciendo el ceño y juzgando, y en un desafío final les devuelvo la mirada, les regalo el dedo del medio y me les río en la cara. Me conecto de nuevo el cable de ciberespacio, y disfruto —¡por fin!— del placer orgásmico, de la explosión de luz blanca que inunda mi cerebro durante el upload ... ¡Nirvana!

Y en mi mente, por última vez, me siento importante, humano y completo. Ignoro adrede la nube oscura que comienza a envolver mi mente e invadir mi campo visual, hasta que el entumecimiento y el mareo regresan. Eventualmente el dolor de cabeza también regresa, peor que nunca, pero también lo ignoro. Otra irrelevancia más en mi vida.

No voy a regresar.

Navego por el ciberespacio durante lo que me parece toda una vida, hasta que un nuevo tipo de oscuridad, fría y sin vida, comienza a enterrarse en mi conciencia. Y justo antes del fin, justo antes de que mi conciencia se desvanezca en medio de la infinita constelación de data que es el ciberespacio, justo antes de que mi cerebro haga cortocircuito, experimento la final y más grande ironía de toda mi

vida... muero viendo un mensaje que aparece en el aire frente a mis ojos, un epitafio virtual que con fieras letras rojas me sentencia:

GAME OVER

Título Original: *Wirehead Games*. Ganador del 1er Premio para Cuento (categoría de cuento en inglés) del Certamen de Literatura de la Universidad del Sagrado Corazón, San Juan, Puerto Rico, marzo de 2003 . Traducido en agosto de 2007 por Raúl Soto

Raúl Soto nació en en la ciudad de Arecibo, Puerto Rico, el 21 de septiembre de 1968. Actualmente reside en Los Angeles, California. Se graduó de ingeniería mecánica en la Universidad Politécnica de Puerto Rico (*Bachelor of Science, Magna Cum Laude*). Ha trabajado durante quince años en los campos de robótica industrial y sistemas de información, en roles tanto técnicos como gerenciales, en las empresas *Johnson & Johnson* (equipos médicos), *Hewlett-Packard* (computación), *AstraZeneca* (productos farmacéuticos) y *Amgen* (biotecnología). Ha escrito media docena de cuentos, tanto en español como en inglés. Espera tener tiempo suficiente para pulir otros y enviarlos.

FIERABRÁS

ARAVIND ENRIQUE ADYANTHAYA



Fierabrás era el mundo, pero no lo sabía.

Fierabrás era un coso de mucha antigüedad, que desde épocas toscas tenía la propiedad de surgir del fuego cuando alguien le cantaba la cancioncita de Fierabrás.

Y en los bosques le danzaban mucho y le echaban leña y en su honor alzaban las plantas de los pies y lo azuzaban y revolcaban, apalabrándolo:

Memo odiaba su nombre propio y al leer el nombre de “Fierabrás” le pareció un nombre muy sonoro y atractivo

Cuídate de las almas.

Jemefonte tucu malo

Momo junte acabás.

Ponte el saco y saca el pote

Que te sale Fierabrás.

Que era (en parte muy mínima) la canción de Fierabrás.

Y la canción seguía:

AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAh

AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAh

Y al escucharla Fierabrás se requeterelamía y se requeterelamía y pensaba en cometer la maldad más grande de todas.

Y al saber esto, nada menos y mucho más, vinieron, a saber, Jacho y Macaco y Macafú con Botas y Macafú Descalzo y Ñota, que era una enana bien fea hecha de frutas del país, y la

amiga de Ñota que se llamaba Gracia. Y Jacho y Macaco y Macafú con Botas y Macafú Descalzo y Ñota y su amiga Gracia se contrarecontrarequetereclamían al danzar también juntos con el coso Fierabrás y saber que tal coso estaba pensándolo bien (aunque no mucho) antes de cometer la maldad. El baile era:

Ascatisquis ascatisquis

Ascatisquis ascatisquis

Y la gente cogió miedo. Y le preguntaron al coso si no estaba cansado de tal cosa, si no quería no cometer la maldad, si no prefería tal vez algún paseo o refrigerio, y Fierabrás dijo que no. Entonces la gente profirió:

¡Sárbareif elas et euq!

Que era el verso de Fierabrás, enrevesado. Y Fierabrás dijo, efectivamente: “He bailado”. Mientras se quedaba dormido lo dijo. Dormía y lo decía. Se durmió diciendo: “He bailado”.

Entonces pasaron las edades del mundo.

Entonces los espíritus se quedaron guardados en los dobleces de la nada mientras la humanidad hacía lo suyo, la historia, la vida.

Entonces fue el tiempo de todo.

Y Jacho, Macaco, Macafú con Botas, Macafú Descalzo y la enana Ñota y Gracia, su amiga tan cercana, tan querida, se cansaron de esperar y se fueron.

Y llegó nuestro siglo, nuestro orden y la gente se olvidó de mentar a Fierabrás.

Fierabrás, cabeza de fiera, cuerpo de fuego

¿Quién te ignora y quién te salva?

¿Quién se atreve irte a buscar?

Escondido y dormido

“Aquí” le dijo el espíritu a Memo.

(Por nuestro bien no despertar).

“Aquí” le dijo el espíritu a Memo, un niño al que no le gustaba su nombre. Memo era un campeón. Memo había vencido a artillerías malignas, a seres mutantes y tecnorrobots japoneses. Había roto récord de puntuaciones y ahora buscaba el videojuego que lo hiciera perder. Enfocado en batallas y laberintos de alta adrenalina, Memo movía y presionaba controles con los reflejos de un rayo. Hasta que un día, al final de un juego, en vez de salirle una música de celebración y el anuncio de su nueva puntuación, inesperado y de repente le salió un mensaje que decía:

Cuídate de las almas.

Jemefonte tucu malo

Momo junte acabás.

Y proseguía:

Ponte el saco y saca el pote

Que te sale Fierabrás.

Memo odiaba su nombre propio y al leer el nombre de “Fierabrás” le pareció un nombre muy sonoro y atractivo. Pero tal nombre también presagiaba algo fatídico.

En la arcadia de juegos se habían empezado a notar cambios. Más jugadores empezaron a visitarla. Las estaciones estaban llenas a todas horas. En los juegos comenzaron a aparecer personajes furtivos, fuera de sitio: un gato con botas y uno sin botas entre las supermotoras; un

fuego fatuo pensante entre los superhéroes; una enana muy horrible acompañada de una mujer elegantísima entre superasesinos; un mono en traje formal. Los jugadores empezaron a perderse más y más en los juegos. Aun cuando a regañadientes abandonaban las estaciones parecían continuar su vida en un limbo, embobados. La arcadia permanecía ahora siempre abierta y había crecido. El número de máquinas se había multiplicado y no sólo niños y jóvenes, sino también masones, damas cívicas y otras personas adultas llegaban con alarmante regularidad. Sus vidas se habían mecanizado, ya no hablaban, vivían todo el tiempo sumergidos en el juego, sus mentes controladas por un poder en la máquina. Este poder era Fierabrás, quien al fin había logrado la maldad más grande de todas: apoderarse de la mente de la humanidad.

Memo había descubierto otros indicios de su presencia. Cada vez que ganaba un juego se le develaban distintas claves: supo que Fierabrás tenía cabeza de fiera y el cuerpo de fuego, supo de su antigüedad, supo que le gustaba bailar mucho y que su baile favorito era: “Ascatisquis ascatisquis / Ascatisquis ascatisquis”.

Los demás jugadores se envolvían en combates infinitos donde nunca ganaban y terminaban babeándose y perdiendo la mirada frente a los monitores. Memo sabía que mientras él pudiera ganar estaría libre del conjuro de Fierabrás. Pero ganar se hacía cada vez más arduo: habían surgido nuevos niveles de dificultad, con enemigos más mortales, con ataques que lo llevaban al límite de la rapidez de su cuerpo. Hasta que un día, al Memo entonar:

Jemefonte tucumano

Momojunte acabás

en la pantalla electrónica le salió Fierabrás. Fierabrás miraba a Memo desde el videojuego con una expresión muy fea y violenta en la cara. Y Memo, imitando la misma, lo miró de vuelta.

Fue la videobatalla del siglo.

Lenguas de fuego salían del cuerpo del coso Fierabrás, proyectiles que acababan con las armas de Memo y con sus soldados. Memo maniobraba sus vehículos supersónicos a velocidades estelares en la pantalla, pero el coso Fierabrás estaba en todos sitios. Fierabrás, más letal que todo diseño, más rápido que el más rápido circuito digital, se apoderaba de puntuaciones de tesoros y proezas sin que Memo pudiera evitarlo. Fierabrás le estaba ganando a Memo. Y Memo lo miró a los ojos y le hizo el gesto más terrible (que era el gesto de “ahora soy yo el que te voy a ganar”). Memo empezó con:

Ascatisquis Ascatisquis

Ascatisquis Ascatisquis

Pero ni caso le hacía el gran coso Fierabrás.

Y Memo se entregó a bailar:

Ascatisquis Ascatisquis

Ascatisquis

Trucutám

Eoloeloeoloeloeoloeloeolo

Ubububu-bu-bubububá

Memo bailaba con los pies en pasos sabrosos y las manos en los controles. Memo bailaba jugando, jugaba bailando. Y de repente el videojuego fue invadido por Jacho y Macaco y Macafú con Botas y Macafú Descalzo y Ñota y Gracia (la amiga de Ñota), quienes también vinieron a bailar.

AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAh

AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAh

Y Fierabrás por poquito se distrae y baila, pero no. Entonces Memo hizo una pirueta asombrosa e invirtió todo su cuerpo sobre la máquina, parado en sus manos sobre los controles, bailando boca abajo, viendo cara a cara al coso magno Fierabrás. Memo en esa danza prodigio agitó las plantas de sus pies mientras azuzaba:

Ascatisquis

Tiquis Miquis

Quisquisquisquis

Quisquisquisquis

¡Quisquisquisquis!

Y el coso sintió a Memo bailando con toda su alma y todo su cuerpo alrededor de la máquina y gozó tanto que él también se puso a bailar.

Ascatisquis Cosonisquis

Ay, qué lindo, Fierabrás

Fierabrás, Jemofonte Tucumalo, Momojunte Acabás, entregado a la danza, olvidó sus planes nefastos de control mental del universo. En el baile olvidó la maldad.

¡Alegría, Memo había liberado al mundo!

Fierabrás se rió con Memo y le dijo “Qué bueno que me haces bailar”. Y Memo, a quien nunca le gustó su propio nombre, le respondió: “Desde ahora yo también me voy a llamar Fierabrás”. Y Fierabrás espíritu y Fierabrás niño se hicieron uno en el baile que era el juego. Se vieron con caras nuevas a los ojos. Entonces el espíritu salió de la pantalla y junto al niño, ambos felices, poderosos, mágicos, abandonaron en pasos rítmicos la arcada para ver qué otros bailes los tiempos les deparaban.

Fierabrás niño, Fierabrás monstruo

genio real-virtual

imágenes nítidas

Vida y mundo

visionando por lo libre al gozar

“Ascatisquis” yo me llamo “Fierabrás”

“Tiquismiquis”

“Fierabrás...”

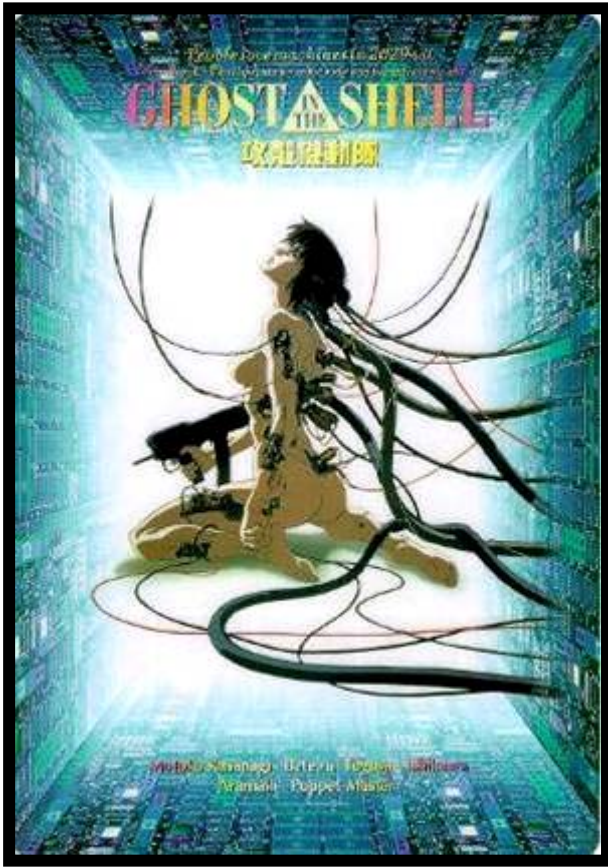


Aravind Enrique Adyanthaya es dramaturgo, cuentista y director fundador de la Casa de la Cruz de la Luna. Ha recibido premios de dramaturgia de las Fundaciones Jerome y McKnight, así como primer premio en el certamen del Instituto de Cultura Puertorriqueña 2004. En los Estados Unidos sus obras han sido presentadas por: el Playwrights' Center, Intermedia Arts, Red Eye Collaboration, Teatro del Pueblo, The Guthrie Theatre, Pregones y el Public Theater (en su serie de lecturas).

Su primera colección de cuentos, *Lajas*, un retrato caleidoscópico de su pueblo natal, recientemente ganó el premio de narrativa del PEN Club de Puerto Rico.

HISTORIA DEL CINE CIBERPUNK

1995: *Ghost in the Shell*



Basada en el manga de Masamune Shirow (autor también de *Dominion Tank Police*), *Ghost in the Shell* resulta ser una curiosa mezcla de filosofía, referentes al cine occidental, y ciencia-ficción. Menos engorrosa que el manga que la precedió, incluso con una estética diferente, debido a que Masamune Shirow no llegó a participar en su versión cinematográfica, pero también a que las técnicas de animación permitían efectos y escenas impensables en el manga y también a la inversa.

La historia, cyberpunk puro y duro, nos presenta a la Sección IX, un grupo parapolicial de operaciones encubiertas, encargada de luchar contra los delitos informáticos que, en un mundo donde el ordenador es imprescindible, pueden llegar a resultar muy peligrosos. En una de esas operaciones, el equipo de la Sección IX descubre una trama que les conduce hasta el "Marionetista", un hacker increíblemente inteligente imposible de atrapar y al que todos los departamentos del gobierno quieren detener, aunque por diferentes razones. La premisa es de por sí interesante, mezcla del mejor cine negro y la mejor ciencia-

ficción, pero en manos de Mamoru Oshii (también director de la genial *Patlabor*) la película se desarrolla en un mundo futurista, pero con una atmósfera emocional muy fuerte: un paisaje melancólico y de cierta angustia, donde los personajes están cargados de humanidad y logran enriquecer ampliamente la historia.

La historia habría triunfado a nivel internacional aunque se hubiese limitado a ser un remedo de *Akira*, llena de acción, espectacularidad, y una animación sobresaliente. Pero Oshii quiere hacer algo diferente, dejar una huella propia, y nos presenta una película donde lo policíaco y detectivesco van a dejar de lado la acción. Es cierto que hay tiroteos, y de una calidad excelente (sólo superados en el cine por *Matrix*), pero la historia va a desarrollarse a un ritmo pausado, con una banda sonora que acompaña la sensación de "rutina" incluso en las escenas que al espectador le parecen más peligrosas. Y es que la protagonista, la cyborg Motoko Kusanagi, es una profesional que puede controlar cualquier situación. Lo que realmente llama la atención es la condición de Kusanagi: sólo su cerebro es humano, y el resto de su cuerpo no es más que una coraza de titanio (de ahí el título de la película, que libremente traducido sería *El espíritu en la coraza*). ¿Hasta qué punto puede Kusanagi sentirse humana? ¿Hasta qué punto no es una máquina diseñada para hacerles el trabajo sucio a sus superiores? La clave son los recuerdos, los recuerdos nos hacen humanos.

Las dudas surgen cuando se descubre que el "Marionetista" es capaz de piratear los cerebros humanos, insertando recuerdos nuevos y borrando los auténticos. ¿Hasta qué punto los recuerdos nos hacen humanos? ¿Cuál es el requisito mínimo para sentirse humano? Si una mente puede ser pirateada como un ordenador, ¿no podríamos pensar que las diferencias entre ambos son mínimas?

Este concepto filosófico no es nada nuevo, y es que *Ghost in the Shell* vuelve a plantearnos la duda de dónde reside la humanidad, igual que lo hiciera años atrás la película *Blade Runner*.

Sin embargo, ambas películas difieren. *Blade Runner* considera los sentimientos parte esencial de la humanidad. *Ghost In the Shell* obvia en su historia todo sentimiento de odio o amor, y define la humanidad como la capacidad de desarrollar y mantener una conciencia propia. También la estética difiere, siendo la del film de Oshii mucho más tecnificada y cercana a nuestro tiempo. Se dice que *Matrix* bebe en muchos aspectos de este film, y quienes lo afirman no andan faltos de razones. Además de la estética y del concepto de que nuestras vidas están manipuladas, personajes como el "Marionetista" y el agente Smith de *Matrix Reloaded* tienen bastante en común.

Por último, y a modo de reflexión, sé que a mucha gente la animación japonesa les echará para atrás. Es un prejuicio injusto. Es curioso cómo hay gente que protesta porque la gente considera infantil y ñoña la ciencia-ficción, y luego hace lo mismo que critica con esta forma de cine que, tanto por planteamientos como por medios y por calidad técnica, resulta tan interesante y original como cualquier otra (novela de género, cómic...). Esta película es una perfecta oportunidad para acercarse a la animación nipona y salir con una sonrisa de satisfacción.

José Joaquín Rodríguez

FICHA TÉCNICA

Título original: *Kokaku Kidotai*

Nacionalidad: Japón

Año: 1995

Productora: Bandai Visual

Dirección: Mamoru Oshii

Guión: Kazunori Itô, basado en el comic de Masamune Shirow

Edición: Shuichi Kakesu

